



EL MAR DEVUELVE SUS MUERTOS

george h. white

EL MAR DEVUELVE SUS MUERTOS

GEORGE H. WHITE

EL MAR DEVUELVE SUS MUERTOS

1.ª EDICIÓN
JUNIO -1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 10699 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© GEORGE H. WHITE - 1962

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

N. R. 1640/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
699. - Justicia de plomo.
714. - Muerte a los invasores.

En Colección SERVICIO SECRETO:
510. - La muerta habló a tiempo.
591. - El hombre que murió dos veces.
592. - La muerte madruga.

En Colección BÚFALO:
432. -Oro en las cumbres.
440. - Apta para pistoleros.
448. - Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:
205. - Agencia de pistoleros.
211. - Plazo: al ponerse el sol.
265. - Luchando sobre la tierra.

En Colección SALVAJE TEXAS:
248. - Pólvora y sangre.

En Colección KANSAS:
99. - Corazón de gigante.
165. - El reino de Mac Hale.

En Colección COLORADO:
74.- Ciudad del oro.
161. - Atardecer sangriento.

En Colección ASES DEL OESTE:
71:-Hijo del desierto.
130. - El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:
48.- ¡Vete, forastero!



El mar devuelve sus muertos

por GEORGE H. WHITE

CAPÍTULO I

El cadáver fue rescatado del mar al amanecer del 5 de mayo.

Des pesqueros de Forio, matrícula de Nápoles, se encontraban rastreando 45 millas al oeste de Ischia, aproximadamente a la altura de la isla de Ponza, cuando al izar sus redes encontraron enganchado el macabro bulto envuelto en un saco de lona. Un anclote colgaba del extremo de una larga cuerda de nylon.

Los barcos, demasiado modestos para llevar en su equipo aparato de radio, dieron por terminada su faena y se apresuraron a regresar a Ischia, desde donde un excitado patrón se puso en comunicación con las autoridades del puerto de Nápoles.

Aquella tarde, una lancha de la policía fue a atracar al pequeño puerto de Forio, donde el hallazgo del cadáver había provocado enorme expectación; La policía, después de examinar el cuerpo, metió el cadáver en una caja de zinc. La caja fue embarcada en la lancha, la embarcación partió en dilección a Nápoles, y allí terminó el asunto para los intrigados habitantes de Forio.

Para Eugene Founger, el caso empezó unas horas más tarde con una llamada telefónica que le plantó de un salto tras el volante de su auto deportivo «Alfa-Romeo», modelo «Giulietta».

Guiando su coche velozmente por la Vía Caracciolo, sobre la amplia perspectiva del Golfo de Nápoles, las breves palabras de Morisse seguían martilleando en los oídos de Founger: «Han encontrado a Masters, venga en seguida».

Morisse le esperaba de pie junto a la acera al final de la Gallería Vittoria. Eugene detuvo el auto el instante preciso para que Morisse subiese y continuó por Fenidando Acton hasta la zona del puerto.

—¿Dónde le encontraron?

—En el fondo del mar. Unos pescadores lo sacaron en su red esta mañana.

—¿Seguro que se trata de Masters?

—La policía, al menos, así lo cree. Han llamado a la hermana de Masters para que acuda a identificar el cadáver.

Eugene guardó silencio mientras pisaba el pedal del freno para dar paso a un camión. Habló de nuevo al acelerar:

—Cometimos un error al dejar a Masters en libertad cuando apresamos su barco en febrero pasado.

—Su detención no habría sido legal. Masters se encontraba en aguas jurisdiccionales tunecinas cuando abordamos su barco. El Gobierno tunecino protestó por esa detención. Y el Gobierno de los Estados Unidos habría protestado también si hubiésemos retenido a Masters sin pruebas en que apoyar nuestra acusación. Masters es ciudadano norteamericano.

—Lo era —recalcó Eugene sin apartar sus ojos del camino—. Sus amigos dieron cuenta de él, como era de esperar que sucedería desde el momento que se emancipó para negociar por cuenta propia.

—Al menos, eso es lo que creemos —apuntó Morisse, moviendo la cabeza—. Aunque tal vez no lleguemos a saber nunca lo que ocurrió.

—Sabemos que Masters era un contrabandista de armas, de eso al menos estamos seguros. Es una lástima que le mataran tan pronto, porque Masters sin duda habría acabado por conducirnos hasta el hombre o los hombres que manejan los hilos de ese lucrativo negocio… Por cierto, ¿dónde han llevado el cadáver de Masters?

El auto rodaba por el muelle y Morisse señaló un sombrío edificio de piedra rodeado por una alta verja.

—Aparque allí, donde están aquellos coches. La señorita Masters no debe haber llegado todavía.

Eugene maniobró con habilidad, haciendo retroceder a su auto hasta que las llantas traseras de éste entraron en contacto con el bordillo de la acera. Paró el motor y ajustó el espejillo retrovisor, de modo que sin volver la cabeza podía vigilar la puerta del edificio por donde entraría la señorita Yves Masters. Founger encendió un cigarrillo.

Luego los dos hombres se dedicaron a esperar.

El cigarrillo de Eugene Founger había llegado apenas por su mitad cuando vieron venir un auto de la policía que fue a detenerse

un poco más allá, en el espacio reservado para los coches del servicio oficial.

Dos hombres saltaron a tierra, siendo seguidos inmediatamente por una joven de estatura más bien alta, rubia, la cual vestía un traje blanco de corte sastre, con el que formaban conjunto sus zapatos, su sombrerito y su bolso.

—Ahí está la pequeña Masters —dijo Morisse volviendo la cabeza.

Eugene siguió a través del espejillo retrovisor a la muchacha qué entraba en el edificio escoltada por los, policías de paisano. Luego murmuró como hablando consigo mismo:

—¿Podría identificar a Masters? Hace dos meses largos que desapareció.

Morisse, que era de estatura más bien baja y casi calvo, hizo una mueca de repugnancia.

—El cadáver estaba dentro de un saco de lona, por cuya causa se salvó de la voracidad de los peces. Claro que, de todos modos, no va a resultar un espectáculo agradable para la muchacha… —Morisse empujó la portezuela del coche y puso un pie en el asfalto—. Probaré a entrar ahí sirviéndome de mi carnet de periodista. Ésa será la forma más rápida de saber si el cadáver es realmente el de Masters o no.

Cerró la portezuela de golpe y se alejó atravesando la Verja.

Eugene quedó solo, exprimiendo su cerebro mientras daba lentas chupadas a su cigarrillo. Su atuendo armonizaba bien con el carácter deportivo del auto; ajustado pantalón azul eléctrico, sandalias y camisa suelta estampada de dibujos y colores chillones.

Con su pelo rubio, sus ojos grises y su fuerte acento nasal parecía un norteamericano auténtico. En realidad, había nacido en un pequeño pueblo del departamento francés de Turena, donde su madre fue a esperar a la cigüeña para regresar de nuevo al Canadá, donde los Founger poseían un modesto negocio en la ciudad de Quebec.

Al cumplir los veinte años, Eugene había vuelto a la patria para prestar el servicio militar obligatorio. Luchó con las fuerzas paracaidistas francesas en Indochina, ganó un par de medallas, ascendió a teniente e ingresó en el Servicio de Información del Ejército francés, pasando a Argelia.

En la actualidad contaba treinta y un años y se encontraba en Italia con un pasaporte a nombre de Heywood Match, de nacionalidad estadounidense. Pero aunque creía haber representado bien su papel de un despreocupado aventurero yanqui, dueño de un pequeño barco con el que había realizado algunos alijos de contrabando, Founger no había adelantado apenas en la verdadera misión que le llevó a Italia.

El asunto en cuya solución trabajaba Founger había comenzado diez años antes, cuando tanto Israel como sus vecinos musulmanes sintieron acuciosa necesidad de adquirir armas de todas clases.

Los gobiernos de Inglaterra, Suecia, Suiza, Estados Unidos y demás países productores de armamentos negaban a sus fabricantes de pertrechos de guerra el permiso para exportar los mismos al Oriente Medio, por temor a verse mezclados en complicaciones internacionales. Había, sin embargo, en Italia y Alemania grandes arsenales de material bélico, sobrante de la Segunda Guerra Mundial; y aunque todos estos pertrechos se suponían bajo riguroso control de las potencias aliadas, los agentes israelíes y árabes empezaron a llegar en busca de algún medio de evadir la vigilancia oficial.

El centro de estas actividades secretas pasó a ser Milán, desde donde los mayores depósitos de armas eran fácilmente asequibles. Cerca de Milán, y a efectos de rápidos embarques, se tenían varios grandes puertos de mar. Además, en la cercana Suiza funcionaban poderosos y discretos Bancos, que habían venido financiando con enorme provecho operaciones matuteras por espacio de dos siglos.

En Milán, ciertos avispados «caballeros» idearon rápidamente un procedimiento ingenioso para tener acceso a los depósitos de armas. Establecieron «compañías de recuperación», a cuyo frente figuraban hombres de negocios, aparentemente respetables, quienes compraban material de guerra «anticuado» a las autoridades aliadas. Éstas, encantadas de liquidar sus depósitos, rotularon millares de cajas de armas, todavía en buen uso, con etiqueta: «Para demolición y fundición», y las pusieron a la venta por una pequeña fracción de su costo original.

Automóviles «*jeeps*» apenas usados, camiones militares, camiones semioruga para el desierto y el arrastre de cañones, incluso tanques, quedaron al alcance de gentes que contaban con

buenas y adecuadas conexiones.

Tan pronto como una de las «compañía de recuperación» terminaba de clasificar, limpiar, reparar y reembalar las armas, se entregaban éstas a las casas exportadoras especialmente creadas para hacer los envíos.

Había en Roma cierto número de agregados militares a las embajadas y legaciones de pequeños países, quienes mediante un precio convenido, certificaban que el correspondiente cargamento de armas lo había adquirido su Gobierno. Se embarcaban así las armas legalmente, en buques cuyos capitanes declaraban que su destino era un puerto de alguna de las naciones neutrales en el conflicto de Oriente Medio.

Una vez fuera de puerto, lo que hacía el capitán era, sencillamente, olvidar la declaración de la carta de embarque y poner rumbo a Alejandría.

En 1949 se produjo el escándalo de los tanques Sherman. Cierto día, un aduanero italiano descubrió veinticuatro tanques, antigua propiedad del ejército de su país, al tiempo que se los embarcaba con destino a Tel Aviv. La Prensa aireó el asunto, llegaron las protestas consiguientes y el Gobierno italiano se vio en gran embarazo, empezando a intervenir con severidad.

A la vez que había que salvar mayores dificultades para llegar hasta los depósitos de material bélico, la demanda de éste se acrecentaba de día en día. Revolucionarios de Marruecos y Argelia, emisarios de Siria y Vietnam, se iban hospedando en creciente número en los hoteles de Milán. Los «Caballeros de Milán» se vieron obligados a revisar la técnica de sus operaciones.

Los contrabandistas de tabaco tangerinos les resolvieron sus dificultades.

El contrabando de cigarrillos norteamericanos había sido desde antiguo el más activo de los negocios turbios de Italia. Diariamente llegaban a la península toneladas de cigarrillos en rápidos barcos, muchos de ellos antiguas lanchas torpederas alemanas y norteamericanas, así como vendidas como sobrante del material de guerra de la segunda contienda mundial.

Estos barcos zarpaban de la zona franca de Tánger, en la costa septentrional de África, para cruzar el Mediterráneo y desembarcar sus alijos en un pequeño puerto pesquero o una remota y solitaria

playa italiana. Los «Caballeros de Milán» se pusieron pronto en contacto con estos matuteros, y una nueva red de transporte de armas quedó organizada.

Los capitanes tangerinos, una vez desembarcadas sus cajas de cigarrillos, se hacían cargo de las armas y las transportaban hasta su destino.

A esta última cofradía de aventureros y fanfarrones internacionales pertenecía John Masters, cuyo cadáver habían rescatado aquella mañana unos pescadores del fondo del mar.

Las actividades matuteras de John Masters, como las de otros capitanes que tenían su centro de reunión en escogidos cafés del barrio contiguo a los muelles de Tánger, eran bien conocidas de la policía italiana.

Sin embargo, fueron los franceses quienes detuvieron a Masters.

El hecho había ocurrido en febrero, en aguas jurisdiccionales tunecinas. Días antes, los franceses habían recibido una confidencia en el sentido de que, en determinada fecha, Masters se encontraría con su barco cargado de armas frente a determinado lugar de la costa de África.

Aunque acogida con reparos, la denuncia resultó cierta. Un destructor francés del servicio de guardacostas avistó al barco de Masters en el lugar indicado por el anónimo delator. El destructor persiguió al barco contrabandista mientras Masters se apresuraba a arrojar su comprometedora carga por la borda al mar.

Cuando finalmente, el destructor francés abordó el barco contrabandista, Masters se encontraba en aguas territoriales tunecinas. No se le encontró a bordo ni una sola arma, ni un cartucho. Fue dejado en libertad.

El socorrido sistema de desembarazarse de la carga en caso de apuro, puesto en práctica numerosas veces por los contrabandistas de cigarrillos, hacía muy difícil la captura de los capitanes que cada día burlaban la celosa vigilancia de los guardacostas franceses. Con todo, el Gobierno francés conseguía su principal propósito, que consistía en impedir que aquellos cargamentos de armas fueran introducidos en Argelia, donde en manos de los fanáticos rebeldes representaban un serio peligro para los colonos argelinos y los soldados franceses.

En opinión de Eugene, la lucha entablada entre el Servicio de

Inteligencia de su país y los matuteros de armas, debería extenderse más lejos hasta los desaprensivos individuos que, arrellanados en sus cómodas butacas en ciertos elegantes cafés de Milán, negociaban con voz pausada y ademanes tranquilos la venta de cuantiosos depósitos de armas, destinadas a sembrar la inquietud, la rebeldía y la muerte allí donde esas armas fueran introducidas.

Tratar simplemente de escarmentar y atemorizar a los contrabandistas, era empeño inútil. Mientras, el transporte ilícito de armas constituyese un lucrativo negocio, nunca faltarían hombres dispuestos a correr con el riesgo y la obtención de tan fabulosas ganancias.

Otra cosa sería si fuese posible echarles el guante a los sosegados y solemnes «Caballeros de Milán», que entre *whisky* y *whisky*, envueltos en la nube de humo azulado de sus cigarrillos, discutían tranquilamente los precios, la forma de entrega y el sistema de pago con los compradores de su mortífera mercancía.

Eugene tenía a propósito de esto un proyecto personal, el cual solamente adolecía del defecto de basarse en puras suposiciones. Si el cadáver rescatado en el mar fuese realmente el del desaparecido John Masters…

El hilo de los pensamientos de Eugene fue cortado en este momento por la reaparición de Fernand Morisse, el cual salía del edificio y se dirigía rápidamente hacia el automóvil.

—Sí, es Masters sin ningún género de dudas —dijo Morisse subiendo al auto, dejándose caer en el asiento junto a Eugene—. La chica no tuvo dificultad alguna en identificar el cadáver. Por cierto, Masters no debió morir ahogado. Antes de meterle en el saco y arrojarle al mar, le habían despachado al otro barrio con un balazo en el vientre y otro disparo que debió rematarle detrás de la oreja.

—¿Debemos sorprendernos porque tuviera ese final?

—No, por supuesto. Quien mal anda, mal acaba. Siento no poder derramar una sola lágrima por él. Es la muchacha quien me inspira piedad.

—¿Por qué? —interrogó Eugene con aspereza.

—Fue un rudo golpe para ella. Mírela, ahora sale…

Founger volvió la cabeza. Yves Masters cruzaba la verja en este instante, escoltada por los dos robustos policías de paisano. La muchacha aparecía visiblemente afectada, marchando con la cabeza

baja y estrujando un pañuelo en una de sus manos.

Llevada del brazo por uno de los policías, Yves Masters cruzó la acera y llegó hasta el automóvil oficial. Uno de los agentes le abrió la portezuela, el otro saludó levantando su sombrero. La portezuela se cerró de golpe… El coche se alejó dejando a los dos policías de pie en la acera.

Eugene Founger puso en marcha el motor de su auto deportivo.

Mientras rodaban a marcha moderada por la Vía Marconi, Morisse sé retrepó en el asiento y suspiró:

—En fin, el caso Masters terminó.

—¿Quién cree usted que lo mató? —preguntó Eugene.

Morisse levantó los hombros.

—Quién sabe. Los individuos que, como Masters, se dedican al tráfico ilegal de armas, aceptan con sus fabulosas ganancias los riesgos inherentes a su profesión. Sabemos, por ejemplo, que existen grupos de patriotas franceses, árabes, israelíes y otros, organizados en bandas de saboteadores y asesinos con el fin de interceptarse los unos a los Otros las actividades de suministros de armas. ¿Quién de esos grupos despachó a Masters? Quizá no lo sepamos nunca. De todos modos, quienquiera que lo hizo, nos prestó un valioso servicio. Otros aventureros acudirán a remplazar a Masters en sus actividades ilícitas, es cierto. Pero al menos de John Masters no tendremos que volver a preocuparnos.

—¿Así es como ve usted las cosas?

—Por supuesto. ¿Usted no?

—Tal como yo veo las cosas, sería preferible que Masters siguiera vivo, dedicado a este vergonzoso tráfico de armas. A Masters, al menos, lo teníamos fichado. Podíamos vigilarle. Podíamos seguir el más pequeño de sus movimientos y prevenir el momento en que se haría a la mar en su barco transportando un cargamento de armas. Una vez le obligamos a desembarazarse de su carga echándola por la borda al mar. Nos cabía la esperanza de sorprenderle de nuevo con las manos en la masa y hacer de él un escarmiento en el que se miraran el resto de los capitanes dedicados a sus mismas actividades. A su muerte, otro aventurero vendrá a remplazaría. Es cierto que no tendremos que volver a ocuparnos de Masters. En cambio tendremos que empezar de nuevo con el hombre que venga a ocupar su vacante, descubrirle, vigilarle, y

todo lo demás.

—En resumen —dijo Morisse—. Lo que usted quiere decir es que vale más malo conocido, que bueno por conocer. Por mi parte prefiero ir resolviendo cada problema a medida que éste se presenta. Masters era un enemigo. Le quitaron de en medio. Surgirá otro enemigo…

—Y tal vez transcurran años antes que conozcamos su identidad y le podamos quitar de en medio —remató Eugene incisivamente.

—Bueno, usted lo dice como si yo fuera el responsable de la muerte de John Masters. ¿Qué quiere? ¿Qué lloremos su pérdida tal vez, como la de un bueno y honrado amigo?

—Estoy tratando de sentar las bases de una idea que se me ha ocurrido —dijo Eugene sin apartar sus ojos de la ruta—. En esta lucha desigual contra los contrabandistas de armas, casi todo lo que podemos hacer es aguardar con nuestros barcos a que alguno de esos matuteros se deje ver y atrapar antes que pueda desembarcar su cargamento en una playa desierta de Marruecos o Argelia. Yo me pregunto, ¿por qué no vamos directamente al asunto y atacamos al mal en su raíz?

—¿Desenmascarar y castigar a los «Caballeros de Milán»? ¿Es eso lo que quiere decir?

—¿Por qué no? Con llevar a la horca a uno de ellos no conseguiremos tal vez interrumpir el suministro de armas a los rebeldes del FLN, pero al menos les habremos demostrado a esos «caballeros» que el brazo de la Ley es muy largo y acabará por alcanzarles a todos más pronto o más tarde.

—Sí, eso sería estupendo…, si pudiera hacerse. Sabemos quiénes son esos caballeros, conocemos los lugares donde suelen reunirse y cuáles son sus actividades. Pero desgraciadamente, no lo podemos demostrar. Y si fuera posible probarlo, tampoco podríamos castigarles. Repantigados en sus cómodas butacas de media docena de cafés de Milán, esos circunspectos «caballeros» se sienten tranquilos fuera del alcance de nuestras leyes. Quítese esa idea de la cabeza, Founger. Nunca conseguiremos la extradición de uno solo de esos desaprensivos, ni siquiera demostrando su participación directa en los envíos clandestinos de armas a los rebeldes de Argelia.

—Morisse, ¿usted ha leído alguna vez la biografía de Al Capone,

el «gánster» norteamericano?

—No soy aficionado a esa clase de literatura, Founger, lo siento.

—No tiene importancia, la historia de Al Capone, aun siendo muy larga, puede resumirse en pocas palabras. Cometió un sinnúmero de crímenes, pero no se le pudo probar ninguno. Por espacio de muchos años, Al Capone fue el enemigo número uno de la sociedad, y así continuó causando la exasperación de la Justicia, burlando a la Ley hasta que finalmente cayó. Pero he aquí un detalle curioso. Pese a todos los crímenes cometidos, no fue por ninguno de ellos por lo que se le condenó. Al Capone, simplemente, había estado burlando la ley norteamericana sobre impuestos. Fue llevado a los tribunales, acusado de fraude, y por este delito fue a dar con sus huesos en la cárcel. El ejemplo es aleccionador.

—Muy curioso. ¿Mas por qué aleccionador? —interrogó Morisse intrigado.

—Apliquémonos el ejemplo. Nosotros nunca podremos llevar al cadalso a uno solo de los «Caballeros de Milán» bajo la acusación de haber vendido armas a partidas que fomentan la rebelión, la violencia y el crimen allí donde esas armas van a parar. Pero supongamos que alguno de esos «caballeros» hubiera ordenado o ejecutado por sí mismo a John Masters. La solución de ese crimen no es de nuestra incumbencia, sino de la policía italiana. La policía, sin embargo, puede que no aclare jamás el misterio del asesinato de John Masters. ¿Y si nosotros presentáramos al culpable o los culpables? ¿Qué cree que ocurriría entonces?

—¡Demonio, Founger! —exclamó Morisse, mostrando repentino interés por el asunto—. Ahora sí estoy seguro de conocer su pensamiento. Nosotros no conseguiremos jamás hacer que se condene a esos tunantes por ejercer cierto tráfico ilegal de armas, pero podríamos hacer que se les condenara a la horca por el asesinato de John Masters. ¿No es eso lo que quiso decir?

—Masters, probablemente, fue víctima de una venganza personal —dijo Eugene siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Si cometió traición o fue traicionado por alguien, es algo que nos interesaría saber. Por cierto, hoy he sabido que Masters no había terminado de pagar su barco. La señorita Masters va a tropezar con serias dificultades para rescatar la suma que su hermano adelantó sobre la compra del barco, y eso me da una idea.

—Un momento —dijo Morisse, levantando una mano—. Antes de seguir adelante, debo recordarle que cualquier plan que elaboremos debe ser sometido al juicio de la oficina central de investigación en París.

—Lo sé —repuso Eugene, añadiendo con amargura—. Y eso es lo que me preocupa.

—Descríbame su plan, y cuente de antemano con mi ayuda —dijo Morisse.

Eugene guió su «Alfa-Romeo» por la amplia Vía Caracciolo hacia las pintorescas alturas de Posillipo, donde un par de conspiradores podían charlar a sus anchas sin testigos.

CAPÍTULO II

La primera vez que Yves Masters vio al guapo y rubio desconocido, éste se resguardaba de la lluvia bajo un paraguas, de pie y un poco retirado junto a una tumba, allí en el rincón del cementerio napolitano reservado para los súbditos norteamericanos.

El día había amanecido gris. Llovía cuando Yves salió del hotel, dirigiéndose en un taxi al hospital municipal, de donde partió la carroza funeraria llevando los restos mortales de John Masters. Seguía lloviendo en el cementerio, mientras el capellán rezaba las últimas oraciones ante la tumba abierta.

Aparte del capellán y la propia Yves, solamente un empleado municipal arrebujado en un chubasquero, el capitán Busseti de la policía del puerto y el cónsul de los Estados Unidos, asistieron a la ceremonia.

Y aquel desconocido del impermeable negro, que con el cuello alzado y la rubia cabeza descubierta permanecía serio e inmóvil, retirado de los demás. ¿Quién sería? ¿Algún amigo de John, tal vez? Yves le observó con curiosidad. Probablemente, se dijo, sería algún excéntrico, o alguien que había perdido a una persona querida, cuyo aniversario acaso coincidiese en aquel día gris y lluvioso.

Cuando Yves abandonó el camposanto poco después, el desconocido seguía allí bajo su chorreante paraguas. Si se hubiese tratado de un amigo de John, éste habría sido el momento de acercarse a Yves y darse a conocer, expresándole su sentimiento por la muerte de John. Pero seguramente era sólo un curioso.

En el taxi, de regreso a la ciudad, Yves se olvidó del hombre.

Aquella tarde, todavía con tiempo lluvioso y sumamente desapacible, Yves tuvo necesidad de salir para resolver cierto asunto. Mientras Yves esperaba bajo la marquesina del hotel el paso casual de un taxi que fuera desocupado, cerca de ella se hallaba aparcado un auto deportivo de color rojo con su baja capota de lona

echada. En el automóvil, alguien leía un periódico, desplegado a modo de pantalla.

Cuando finalmente llegó un taxi llevando a un huésped del hotel, al cruzar la acera, Yves lanzó una distraída mirada hacia el «spider» de color rojo.

El hombre que la miraba desde la baja ventanilla era el mismo desconocido del paraguas que vio en el cementerio aquella mañana.

El «spider» rojo, un «Alfa-Romeo», seguía a la zaga del taxi cuando Yves se dirigía al Banco para entrevistarse con el *signore* Ravello.

Ravello era un hombre de estatura más bien baja, regordete y calvo, con un bigotito bajo la nariz que se estiraba cada vez que su dueño sonreía, y Ravello sonreía siempre. Sonreía mientras escuchaba amablemente a Yves, y solamente dejó de sonreír un momento para sacudir apesadumbrado la cabeza y volver a sonreír mientras decía:

—Lo siento, *miss*. Lo siento mucho. La operación que usted nos propone no es propia de un Banco. Cualquier prestamista le resolverá la cuestión con toda la rapidez que usted desea.

—¿De veras? En ese caso le agradecería que me señalara a alguno —dijo Yves un poco ácidamente.

—Créame que siento no poder informarla. Por razones de prestigio las entidades bancarias no sostenemos relaciones de tipo amistoso con esa clase de sujetos.

Amable, y siempre sonriente, el *signore* Ravello acompañó a Yves hasta la puerta.

—A su disposición para cuánto necesite de nosotros, *miss* Masters. Buenas tardes —dijo el hombre al despedirla.

Yves salió a la calle bajo la impresión de ser víctima de una burla. ¿Qué querría significar aquel imbécil, con su hipócrita ofrecimiento, cuando acababa de negarlo lo único en que la podía ayudar?

Había dejado de llover. Una multitud enfundada en crujientes impermeables invadía las aceras. Los comercios estaban cerrando sus puertas y el tráfico discurría en apretadas filas por la calle. Yves marchaba cerca del bordillo de la acera cuando de pronto vio el «spider» rojo estacionado junto a ella.

El mismo desconocido que aquella mañana estaba bajo un

paraguas en el cementerio, la observaba gravemente desde el automóvil.

A estas alturas, Yves no podía creer que se debiera a pura casualidad tan repetidos encuentros. Ya iba a pasar de largo cuando repentinamente frunció el ceño y se detuvo. Su mal humor de aquel momento probablemente la impulsó a hacer algo que no habría hecho en otras circunstancias.

Se inclinó hacia la baja ventanilla del auto, y casi metiendo la cabeza por debajo de la capota preguntó al ocupante del coche:

—¿Nos conocemos?

Las grises pupilas del hombre (Yves descubrió en este momento que eran grises) se dilataron a impulsos de irreprimible asombro. Luego el hombre sonrió y dijo:

—No, pero ese inconveniente podríamos resolverlo ahora mismo. Me llamo Match.

—¡Váyase a paseo! —rugió Yves entre dientes. Y se alejó mezclándose entre el público que llenaba la acera. Al regresar a su hotel una hora más tarde, Yves encontró al mismo auto rojo aparcado junto a la acera opuesta de la calle. Yves tuvo que preguntarse si el apuesto dueño del coche sería un admirador o simplemente un policía. ¿Mas por qué un policía? Su acento, al contestar a su brusca interpelación, era americano. ¿Qué podía querer de ella un policía americano?

Cansada, desalentada, desamparada en su soledad, Yves entró en el hotel y se dirigió hacia el «Office», sin reparar en el hombre que se ocultaba tras un periódico, cómodamente arrellanado en una butaca entre el mostrador y la escalera.

—¿Alguna carta para mí? —preguntó Yves.

El empleado descolgó una llave y sacó una carta del casillero. El sobre llevaba el membrete de cierta agencia genovesa especializada en la compra y venta de embarcaciones de recreo. Yves podía adivinar el contenido de aquella carta aun antes de rasgar el sobre. Mas como ninguna calamidad llega nunca sola, en este momento apareció el administrador del hotel, quien forzando una sonrisa dijo tendiendo hacia Yves unas hojas unidas por un sujetapapeles.

—La dirección le agradecerá que en cualquier momento libre nos ocupemos de su estimada cuenta, *miss* Masters.

Yves sintió una oleada de rubor en el rostro. En su azoramiento,

la llave se le escapó de la mano y cayó al suelo. Yves se inclinaba para recoger la llave cuando alguien que estaba cerca se le anticipó. Una mano masculina de largos y nervudos dedos recogió la llave. Al enderezarse y mirar a la cara del galante caballero, Yves se encontró ante el hombre que aquella mañana había visto por primera vez en el cementerio.

—Gracias —dijo Yves secamente, recogiendo la llave que el otro le tendía.

—No hay de qué —repuso el desconocido, y se quedó allí sonriéndole con una sonrisa que a Yves le hubiera gustado deshacer de un puñetazo.

El administrador, por otra parte, esperaba la respuesta de Yves.

Aunque no tenía dinero para pagar aquella cuenta ni otra que fuese mucho más pequeña, Yves conservaba íntegro su orgullo.

—¿A cuánto asciende? —preguntó con altanería.

—Son ciento ochenta y tres mil liras, *miss* Masters.

—Está bien, me ocuparé de eso mañana.

El administrador sonrió débilmente mientras la muchacha le volvía la espalda y se alejaba subiendo rápidamente las escaleras.

La habitación de Yves estaba en el primer piso. Apenas hubo encendido la luz, Yves cerró de un portazo y cruzó el cuarto, yendo a arrojarse de bruces sobre el lecho.

Lloró. Lloró porque era mujer, porque se sentía avergonzada, sin amigos, sola y desamparada en un país extraño, sin dinero, sin su hermano…

Llamaron a la puerta.

Yves levantó su bello rostro húmedo de lágrimas. Estaba decidida. Si era de nuevo el administrador del hotel, le confesaría que no tenía dinero. Recurriría al cónsul norteamericano para que se la repatriase. Odiaba a Italia y aborrecía a los italianos, amables y pegajosos con el extranjero de quien sospechaba tenía dinero, sí. Pero groseros, insolentes y mal educados a la hora de exigir su dinero a los extranjeros que explotaban y robaban.

Haciendo un esfuerzo para serenarse, Yves recogió una lágrima con el dorso de la mano y fue a abrir.

No era el administrador del hotel, sino aquel hombre que la había perseguido todo el día quien estaba allí mirándola desde la puerta abierta.

—¿Qué quiere usted? —espetó Yves, violentamente.

—Me llamo Heywood Match —dijo el hombre gravemente—. ¿Puedo pasar?

—¡No!

Match había hablado en inglés. En este idioma agregó:

—Creo que a los dos nos convendría sostener una charla amistosa. Sobre todo a usted… en su situación…

—¿Cuál es mi situación? ¿Qué sabe usted de mí? —interrogó Yves con acritud.

—No mucho, aunque sí lo suficiente para asegurar que sería muy conveniente para usted escuchar la proposición que le tengo que hacer.

—¿Una proposición?

—Sobre el barco de su hermano.

La actitud de Yves Masters cambió instantáneamente. Esto era algo que realmente podría interesarle.

—Haga el favor de pasar —dijo echándose a un lado.

Eugene Founger, en su papel de Heywood Match, entró en la habitación mirando a su alrededor. Las arrugas de la ropa de la cama le confirmaron lo que creía haber adivinado por los ojos de la muchacha. Yves Masters había estado llorando.

Yves Masters cerró la puerta y le señaló una de las butacas con un ademán. Eugene se dejó caer en el sillón sacando un paquete de cigarrillos americanos del bolsillo.

—¿Permite?

Ella hizo un gesto afirmativo. Luego preguntó:

—¿Quiere usted comprar el barco de mi hermano?

—Su barco —rectificó Eugene.

—Bueno, no es mío en realidad. Lo sería si mi hermano hubiese terminado de pagarlo. El barco fue comprado…

—Conozco las condiciones en que fue realizada esa compra. Su hermano pagó veinte mil dólares al contado, aceptando doce plazos de tres mil trescientos treinta y tres dólares para totalizar el resto hasta sesenta mil dólares. He visto su barco en el muelle. Su hermano pagó por él bastante más de lo que realmente valía.

—Es un buen barco —aseguró Yves.

—Sin duda lo es. Pero no vale los sesenta mil que usted tendrá que pagar. Yo puedo ofrecerle a usted todas las antiguas lanchas

torpederas americanas que quiera entre cuarenta y cincuenta mil dólares.

—No me interesa comprar, sino vender —dijo Yves ácidamente.

—Yo también tengo un pequeño barco —dijo Eugene, arrojando una bocanada de humo al techo—. Muy bueno, aunque inadecuado para los fines a que me gustaría dedicarlo. Podría sacar por él hasta veinte mil dólares. En realidad, todo mi capital lo tengo invertido en ese barco y mí «spider» «Alfa-Romeo». Después de ver su barco y conocer sus dificultades se me había ocurrido que podríamos llegar a un acuerdo. Si no me han informado mal, ustedes pagaron hasta la mitad del valor total del barco. Bueno, yo podría hacerme cargo de su deuda y ambos pasaríamos a ser socios por partes iguales en la propiedad del barco. ¿Qué le parece?

Yves se sintió decepcionada y no trató de ocultarlo.

—Creí que quería comprarme el barco —dijo, desalentada, dejándose caer en el sillón frente a Eugene.

—Si yo tuviera cuarenta mil dólares en mi cuenta corriente, no acudiría a usted con esta clase de proposición —repuso Eugene aparentando mostrarse con ruda y auténtica sinceridad—. No tengo dinero para adquirir un barco de cincuenta mil dólares, pero le compro a usted la mitad del suyo.

La muchacha guardó un a modo de sorprendido silencio. Luego carraspeó y comenzó diciendo:

—Usted perdone, señor…

—Match. Heywood Match.

—Me disculpará usted si no le entiendo, señor Match. Sólo los millonarios, es decir, las gentes a quienes les sobra el dinero, compran barcos de recreo de tan exorbitante precio. Usted no es de ésos, por lo que se desprende de su oferta. ¿Cuál es, pues, su idea al querer adquirir la mitad de mi barco?

—Su hermano tampoco era millonario cuando compró ese barco. ¿Para qué lo compró entonces?

—Bueno, John… —Yves se interrumpió con un carraspeo—. Mi hermano era un… un apasionado de las cosas del mar, eso es.

—No.

Eugene emitió con firmeza esta negativa y sostuvo impávido la mirada de sorpresa, y bochorno que la joven le dirigió.

—Seamos claros, *miss* Masters —dijo Eugene—. Conozco la clase

de «aficiones» a las que se dedicaba su hermano. Y no pretendo ocultarle que mi propósito es continuar las actividades que su hermano interrumpió al desaparecer. A eso me refería cuando dije que el pequeño barco qué poseo es inadecuado para los fines que persigo.

Yves Masters se puso en pie y mirando a Eugene con expresión de ofendida dignidad exclamó:

—¿Quiere asociarme a usted para que nos dediquemos a introducir contrabando con nuestro barco, señor Match? ¿Es eso lo que me propone?

—Bueno, usted, en todo caso, no estaría obligada a navegar. Como asociada percibiría la mitad de los beneficios netos, pudiendo vivir en Nápoles, o Milán, o Roma en completa despreocupación. El contrabando de cigarrillos proporciona ganancias muy sustanciosas. Usted sólo arriesgaría su mitad de barco. Yo arriesgaría eso y mucho más.

—Siento decirle que se ha equivocado de persona —le atajó la joven secamente. Se dirigió hacia la puerta y abrió sosteniendo ésta —. Buenas tardes, señor Match.

Eugene abandonó perezosamente su sillón, aplastó los restos del cigarrillo en el cenicero y metió la mano en el bolsillo sacando una tarjeta que abandonó sobre el velador.

—Mi barco es el «Flegrei». Está amarrado en el embarcadero del Yacht Club Posillipo…, por si cambia de opinión.

—No cambiaré de opinión —aseguró la muchacha mientras él salía.

El portazo que sonaba a espaldas de Eugene percutió desagradablemente en su ánimo. La indignación que acababa de ver en los ojos de la muchacha era tan sincera, que a no ser porque conocía su apurada situación, Eugene habría creído completamente fracasado su plan.

Las distanciadas farolas de la Vía Caracciolo formaban un nítido arco en la oscuridad de la noche cuando Eugene conducía su automóvil de regreso a Lido Bagni.

Decidido como estaba a que los reproches de Fernand Morisse no le amargaran la cena, comió primero en el restaurante del Yatch Club, y luego llamó utilizando el teléfono público de la caseta inmediata al embarcadero.

—Ya le dije que ella no aceptaría esa absurda proposición —se lamentó Morisse al conocer el resultado negativo de las gestiones hechas por su compañero.

—Bueno, esperemos que la señorita Masters consulte mi oferta con la almohada —dijo Eugene, eludiendo entrar en discusión—. Veremos mañana.

A la mañana siguiente, Eugene se encontraba tendido debajo cíe su auto buscando una fuga de aceite del cárter, cuando en la angosta visual entre el piso del embarcadero y el estribo del coche, alcanzó a ver unas esbeltas pantorrillas moviéndose en dirección al lugar donde él tenía amarrado su barco.

Era Yves Masters.

Eugene salió arrastrándose, y tal como estaba, en su sucio mono de mecánico manchado de grasa, se dirigió a su barco limpiándose las manos con un puñado de algodones.

La muchacha había cruzado la plancha haciendo equilibrios sobre sus altos tacones y se asomaba a la escotilla, llamando:

—¡Ah del barco!

—Hola, *miss* Masters —saludó Eugene, llegando tras ella.

La muchacha le miró, examinó sus ropas, mas no pareció a pesar de todo que le disgustara su aspecto.

—¿Quería verme? —preguntó Eugene, indicándole con un ademán el sillón de lona bajo la toldilla.

—He estado reflexionando sobre su proposición de ayer.

—¡Oh, magnífico! —exclamó Eugene, alargando la mano hacia los vasos y la botella de *whisky* que estaban sobre la encerada cubierta—. ¿Debo pensar que lo ha meditado despacio y acepta mi oferta?

—Bueno, yo… —La joven se interrumpió. Al dejarse caer en el sillón de lona, su estrecha falda blanca quedaba por encima de sus rodillas, y el dueño del barco tenía sus ojos absortos puestos allí. Yves se puso en pie y dijo con enojo—: En realidad no había pensado aceptar su oferta, sino hacerle otra por mi parte.

Eugene arrastró una banqueta y se la señaló a la muchacha con un gesto. Ella tomó asiento en la banqueta y aceptó el vaso de *whisky* mezclado con soda que Eugene le tendía.

Eugene se dejó caer en el sillón abandonado por ella, examinó el contenido de su vaso a trasluz y dijo:

—¿Una contraoferta? Bien, oigámosla.

—Usted necesita un barco razonablemente grande, rápido, que se comporte bien en la mar…

—¡Por Dios, no me haga la propaganda de su barco! —protestó Eugene riendo—. Conozco las antiguas «Patrol Boat» de la Armada norteamericana. Son buenos barcos.

—Cómpreme el mío. Estoy dispuesta a perder en la venta hasta diez mil dólares, dejando el precio del barco en cincuenta mil. Hay pagados treinta mil de los sesenta mil que le costó a mi hermano, o sea la mitad. Usted me da los veinte mil que espera obtener de la venta de este yate, se hace cargo de los pagos pendientes y queda suyo el barco. No dirá que es mala mi proposición.

—Para usted, desde luego no lo es. Su hermano pagó por ese barco diez mil dólares más de lo que verdaderamente valía, y luego ese tipo de barco se depreció en otros diez mil en los últimos meses. Si yo tuviera que comprar una «PT», la encontraría por menos de cuarenta mil dólares y sólo tendría que dar diez mil como entrada inicial. La verdad, señorita Masters, es que tendrá usted que perder veinte mil dólares o más si quiere desprenderse de ese barco. Pero hay algo todavía peor que eso, y es que perderá hasta su último centavo en él si alguien no le presta por lo menos los tres mil trescientos treinta y tres dólares que hacen falta con urgencia para atender al último plazo pendiente. Los propietarios del barco probablemente se lo recuerdan en la carta que recibió ayer.

—¡Oh, ya veo que está usted bien informado! —exclamó la joven con despecho, dejando el vaso sobre las tablas de cubierta.

—Lo estoy, desde luego.

—Y quiere aprovecharse de mi apuro para comprarme él barco por veinte mil menos de lo que mi hermano pagó por él.

—Se equivoca —repuso Eugene, poniéndose en pie al mismo tiempo que lo hacía la muchacha—. Aunque me hiciera esa rebaja no se lo compraría. Entendámonos; yo quiero comenzar mi negocio sin tener pendiente sobre mi cabeza la preocupación de unos plazos mensuales tan elevados como los aceptados por su hermano. ¿Por qué no dejamos las cosas como están? Usted tiene pagada la mitad del barco, yo abono la otra mitad y ya podemos ponernos a trabajar en seguida.

—Supongamos que yo estuviera dispuesta a perder hasta quince

mil dólares —dijo Yves Masters con voz trémula y ojos empapados de humedad de lágrimas.

—No sea absurda, *miss* Masters. ¿Por qué ha de perder usted ni quince ni diez mil dólares? Sin hacer ningún otro desembolso puede empezar a obtener beneficios netos desde mañana mismo. ¿Por qué se obstina en arrojar por la borda un negocio tan bueno como el que le ofrezco? No es tan grave delito introducir cigarrillos de matute burlando la aduana de este país. Si su hermano lo hizo, usted lo puede hacer también.

Silenciosamente, la muchacha se dirigió hacia la plancha que ponía en comunicación la popa del yate con el muelle. Eugene la vio alejarse con pesar, porque ahora sí creyó que ella le daba una negativa rotunda.

Inesperadamente, Yves Masters se detuvo en el muelle, giró sobre sus altos tacones y volvió sobre la plancha con paso resuelto.

—Está bien —dijo con un relámpago de decisión en sus grandes y azules pupilas—. Acepto.

—¿Acepta asociarse conmigo? —inquirió Eugene casi sin dar crédito a lo que oía.

—Estoy sola, sin dinero, sin un amigo y cargada de deudas. Supongo que si me dirigiera al jefe de aduanas exponiéndole mi caso, ellos no aceptarían pagar por mí ese montón de dinero que estaba dispuesta a perder. Estoy segura que no lo harían, ni siquiera para evitar que yo tuviese que hacerme contrabandista.

—No, no lo harían —dijo Eugene, amagando una sonrisa de complacencia.

—Pues si es así, hablemos de negocios. Sólo con una previa, señor Match. No le conozco a usted y no me dejaré engañar.

—¿Engañar? —repitió Eugene, abriendo la boca—. ¿Por qué había de engañarla?

—Por lo que se suele engañar a las personas tontas y zafias.

—No diría yo que tenga usted aspecto de tonta.

—No lo soy, sin pretender con esto pasarme de lista. Por lo tanto, cualquier acuerdo que tomemos, se hará por escrito y ante notario.

—¿Es ésa su única condición?

—No. Otra condición será que yo tenga que conocer al dedillo la marcha del negocio, saber hasta el último cigarrillo que se descarga

y ver la cuenta de gastos.

—Por mí no habrá inconveniente. Aunque eso signifique, desde luego, que tenga que navegar con el barco.

—Si es necesario navegaré. No me importa. Conozco el mar y me gusta.

Eugene Founger abrió los brazos y levantó los hombros como resignándose a aceptar también esta última condición.

En realidad, nada podía satisfacerle tanto.

CAPÍTULO III

Veinticuatro horas más tarde, Eugene Founger saltaba de un avión en el aeropuerto de Génova y tomaba un taxi que le llevó directamente a las oficinas de la razón social
«Boriello & Bertoli»,
vendedores del barco propiedad de John Masters.

La llegada de Eugene a Génova fue muy oportuna, pues detuvo la acción ejecutiva de los vendedores, en el sentido de embargar la embarcación por falta de pago de uno de los plazos estipulados. Después de una larga conversación, la personalidad de Eugene debió merecer suficiente crédito a los vendedores, pues admitieron la transferencia de los pagos pendientes a nombre de éste, y casi aceptaron con entusiasmo recibir en concepto de pago el barco de Eugene, previa adecuada valoración.

De esta forma, la operación estaba entablada cuando *miss* Yves Masters llegó cuatro días más tarde tripulando su propio barco, el «Pompei», con una tripulación de cuatro hombres y llevando a remolque el «Flegrei».

En Génova, Yves Masters parecía indecisa de nuevo, y a tal punto demostraba repugnarle la idea de ingresar en la cofradía de los matuteros, que de seguro hubiese eludido el compromiso, de haber tenido medios para escapar de él. Nada dijo ella, sin embargo. Su repugnancia; su disgusto y su temor, era algo que, simplemente, se leía en su cara y hablaba por sus ojos.

Yves Masters, probablemente, no había sido así en la intimidad de su familia ni en sus relaciones con otras muchachas y muchachos de su edad. Mas ni siquiera intentándolo podía Eugene imaginársela riendo y bromeando, animando con su alegría una fiesta de gente joven. Si la hubiese creído capaz de ser como cualquier otra muchacha, Eugene quizá la hubiera compadecido.

Por el contrario, su compostura, su gravedad y su aire formal,

parecían ser en ella connaturales y propios de su carácter serio y reservado.

Eugene había observado que ciertas personas, por su solo aspecto y su carácter, parecían haber sido creadas exprofesamente para atraer sobre sí todas las calamidades y sinsabores del mundo. Cuando alguien se proponía consolar a una de estas personas, solía decir que «Dios da penas solamente a quien es capaz de resistirlas».

Y con estas palabras, uno solía expresar su admiración hacia esa estoica persona, pero nunca su compasión.

Yves Masters era una de estas personas.

Cuando Yves llegó a Génova, Eugene la estaba esperando para llevar los barcos hasta el embarcadero de la razón
«Boriello & Bertoli».
A los propietarios del «Pompei» les gustó el velero de Eugene. Se llegó rápidamente a un acuerdo, aceptando los agentes el «Flegrei», valorado en
20 000
dólares, a cuenta de la suma que faltaba para totalizar el pago del «Pompei». Eugene aceptó dos letras por un total de 6687 dólares con pago aplazado hasta seis meses, y la operación quedó concluida a satisfacción de todos.

—Bueno —dijo Eugene con, aire optimista cuando salían del despacho del notario que formalizó la asociación—: Ya somos propietarios de un barco. Cuanto antes lo pongamos a trabajar, más pronto empezaremos a obtener beneficios. Su hermano debía tener ciertas relaciones con esa clase de gente que sabe de estas cosas.

—Seguramente. No lo sé.

—¿No lo sabe? —Gruñó Eugene, mientras hacía señas a un taxi que pasaba de vacío—. Usted, necesariamente, habrá tenido que ver a su hermano en compañía de esa gente.

La joven no contestó, porque en este momento el taxi se detenía ante ellos, y Eugene abría la portezuela invitándola a subir.

En el trayecto hasta el puerto observaron embarazado silencio. En el varadero de yates, el «Pompei» se mecía suavemente sobre las aceitosas aguas del puerto tirando de sus amarras. Eugene había despedido a la tripulación que vino desde Nápoles con los barcos, siendo muy otra su idea sobre el carácter que debería tener una tripulación de un barco dedicado al contrabando*

El «Pompei», matriculado en Génova, era una antigua «PT» o patrullero de crucero de la Armada de los Estados Unidos, muchas de las cuales fueron vendidas después de la Segunda Guerra Mundial como material de desecho. Construidas de madera de caoba contrachapeada, estas embarcaciones medían 23 meteos de eslora, por 8'50 metros de manga, con un calado aproximado de 1'50 metros, lo que las hacía muy propias para navegar sobre campos minados.

Originalmente equipadas con tres motores marinos Packard sobrealimentados, de 12 cilindros cada uno, resumían una potencia total de 4000 HP. (el doble que un transporte «Liberty» de
10 000
toneladas), pudiendo desarrollar una velocidad punta de 60 millas a la hora, lo que para una embarcación constituía una velocidad realmente tremenda.

Desmontados sus tubos lanzatorpedos y sus ametralladoras, estos barcos habían sido vendidos con un solo motor, el cual bastaba no obstante para, impulsarles a una velocidad aproximada de 30 nudos (30 millas a la hora) en buena mar y con vientos favorables. Esto hacía de las viejas patrulleras de crucero unos barcos de rápido andar, aunque con mar gruesa no se comportaban muy bien debido a su escaso calado.

El sello característico de estos barcos era su esbelta silueta, la sensación de poderío y ligereza que se desprendía de su agradable aspecto.

Eugene, que aún sin ser marino no era indiferente a las cosas del mar, se había detenido en el muelle a contemplar la embarcación, cuando llegó el guardián del varadero.

—¿Usted es la señorita Masters, no es cierto? —dijo, dirigiéndose a la muchacha. Y como ella asintiese—: La llaman al teléfono.

—¿A mí? —preguntó Yves Masters extrañada—. ¿Quién es?

—No lo sé —repuso el guardián, encogiéndose de hombros—. Sólo sé que apenas sabe hablar el italiano. Llamó dos veces mientras usted estaba fuera, y ahora ha vuelto a llamar. He dejado el teléfono descolgado, allí, en la cabina.

Después de cruzar una mirada sorprendida con Eugene, Yves Masters se dirigió a la pequeña cabina acristalada contigua a la

barraca del guardián. Puesto que esperaba mucho de las relaciones que pudieran existir entre la muchacha y los amigos de John Masters, a Eugene le habría gustado seguirla hasta la cabina y escuchar.

Se contuvo sin embargo, y más bien al contrario, dando muestras de la más completa indiferencia, pasó por la plancha a bordo del «Pompei», donde aquella mañana había trasladado su equipaje.

Había cambiado ya su traje por unos pantalones azules de trabajo y estaba poniéndose una camisa cómoda, cuando oyó sobre cubierta el rápido taconeo de los pasos de la señorita Masters. La muchacha bajó por la escalera y se encontró con Eugene en el angosto rellano bajo cubierta al que se abrían los camarotes.



La muchacha bajó por la escalera y...

2 - MAR

—Hola. ¿Ya terminó? —indagó Eugene, incitándola a confiarse.

Ella permanecía taciturna y como ausente, razón por la cual Eugene se aventuró a preguntar:

—¿Quién era? ¿Algún amigo?

—Un amigo de mi hermano, en realidad su segundo cuando

navegaban, Gregory Kingman.

El nombre y el hombre eran bien conocidos para Eugene. Al contrario de Masters, que tenía un título de patrón de yate, Kingman era un auténtico piloto de la marina mercante norteamericana. Kingman, que siendo un buen marino era un pésimo bebedor, había sido el brazo derecho de Masters, su amigo de confianza y, en realidad, quien mandaba el barco. Al desaparecer Masters, Kingman había desaparecido también misteriosamente. En sus más pesimistas suposiciones, Eugene se lo había imaginado en el fondo del mar, metido en un saco de lona, con un ancla atada a los tobillos.

Pero contrariamente a lo que Eugene temía, Kingman estaba vivo y acababa de telefonear.

—¿Qué quería? —preguntó Eugene.

—No le entendí muy bien. Parecía borracho… o asustado. Hablaba de una forma incoherente. Lo único que comprendí bien, porque lo repitió varias veces, es «debo acudir esta noche a estas señas para encontrarme con él».

La muchacha mostró una hojita, al parecer arrancada de una agenda de bolsillo, donde había garrapateado algo escrito a lápiz. Eugene le cogió impulsivamente el papel, leyó el escrito y se lo devolvió.

—¿Va a ir usted?

—Creo que debo ir, Kingman aseguró que tenía algo muy importante que decirme…, algo relacionado con mi hermano. Sospecho que Kingman conoce la identidad del asesino de John.

—Kingman es un tipo de cuidado. No debería ir sola.

—El insistió mucho en ese punto. Quiere que vaya sola, que tome un taxi y de varias vueltas para despistar a un posible espía. Por cierto, ha dicho usted que Kingman es un hombre de cuidado. ¿Cómo lo sabe? ¿Acaso le conoce?

—¿Cómo? ¡Oh, no! —se apresuró a negar Eugene—. Usted supone que Kingman estaba borracho. Lo que he querido decir es que un borracho es siempre un tipo de cuidado.

—Iré sola —dijo Yves con firmeza. Y entró en su camarote.

Eugene subió a cubierta y se dirigió hacia la plancha. Mientras levantaba un extremo del pesado tablón y tiraba de él para pasarlo a bordo, un tipo mal encarado, la camisa entreabierta mostrando el

tatuado pecho, la visera de una mugrienta gorra de marinero echada a un lado al desgaire, saco al hombro y pipa colgando de un extremo de la boca, le contemplaba con ese aire aburrido propio de los desocupados.

—¿Le echo una mano? —se brindó el hombre.

La pregunta había sido hecha en francés. Eugene escrutó la cara ancha, sombreada por la barba de un par de semanas, la prominente barbilla y la roja y abultada nariz del individuo. Pese a su bien lograda caracterización, aquella cara le era conocida.

Era Lambert Riesener.

—¿Busca trabajo? —preguntó Eugene.

—¿Van ustedes para Marsella?

—No. Al menos por el momento.

El supuesto marinero pareció vacilar unos instantes.

—Bueno, no importa —dijo después—. Si necesita un buen marinero, aquí tiene uno.

Lambert pasó sobre la plancha y dejó caer su mugriento saco sobre cubierta. Cogió el tablón, lo levantó por un extremo y tiró de él retirándolo sin visible esfuerzo.

—¿Qué sabe hacer? —le preguntó Eugene—. ¿Entiende de motores?

—Podría desmontar casi cualquier clase de motor y volverlo a montar con los ojos cerrados.

—Muy bien. Vaya abajo y trate de poner el motor en marcha. Vamos a sacar el barco de aquí para llevarlo al otro extremo del muelle junto a aquellas embarcaciones de recreo.

Desde su camarote, Yves Masters pudo escuchar esta conversación a través del ventano de su pequeño camarote. Poco después el motor gruñó, arrancó y transmitió su vibración al casco de la embarcación. Cuando Yves subió a cubierta media hora más tarde, el barco estaba atracado de popa al muelle junto a un elegante yate inglés por un lado, y por el otro junto a un pequeño velero griego.

Yves señaló al hombre que estaba en tierra asegurando la amarra al noray.

—¿Es ésa nuestra nueva adquisición? —preguntó a Eugene—. ¿Cree que será de confianza?

—Eso es algo que hemos de averiguar mientras le tratamos. ¿Por

qué no va a preparar la comida? Usted no querrá hacer esperar a Kingman, y ya se está poniendo el sol. Pronto oscurecerá.

—Si ese tipo va a comer con nosotros, mejor será que se duche y se afeite —observó la joven antes de dirigirse a la escalerilla que conducía a la cocina.

Eugene hizo esta observación a Riesener cuando saltó a bordo.

—¿No cree que si me afeito voy a perder todo el sabor a granuja que tanto me costó conseguir? —insinuó Riesener en voz baja.

—Tanto con mugre como sin él, nadie le conoce. A propósito, ¿cómo hemos de llamarle?

—Bossnet, Lambert Bossnet, ése es el nombre que figura en mi pasaporte.

—Bueno, Bossnet. Vaya primero a la ducha, aféitese y busque en su saco unos pantalones y una camisa que estén limpios. Hágalo en honor a la señorita Masters, aunque vaya en detrimento de su tan lograda personalidad.

Durante la comida, que realizaron sobre cubierta huyendo del calor que reinaba en el pequeño comedor, Yves Masters guardó prudente silencio acerca del asunto que motivaba que tuviera que salir aquella noche. Eugene, que la observaba con disimulo, advirtió que estaba nerviosa, impaciente y desganada.

Eugene y Lambert continuaron comiendo mientras ella bajaba a su camarote en busca de una chaqueta de lana. Al reaparecer poco después sobre cubierta, la muchacha vaciló unos instantes antes de que se decidiera a decir:

—Match, ¿podría prestarme algún dinero para el taxi?

Bajo la fugitiva luz del crepúsculo, las personas y las cosas aparecían bajo un suave resplandor rojizo. Sin embargo, el rubor de las mejillas de la muchacha tenía por origen otra causa distinta de la luz reflejada por las nubes.

Eugene sacó del bolsillo un fajo de billetes, de los que tomó cinco billetes de mil liras.

—¿Será suficiente?

—Sí, gracias.

La joven guardó el dinero en su bolso, cruzó la plancha y se alejó por el muelle. Todavía se encontraba a la vista, cuando Founger se precipitó hacia la escotilla bajando a su camarote.

En el suyo, Eugene tomó una ligera chaqueta deportiva del

armario, levantó el colchón de su litera y sacó una pistola automática que guardó en su cinturón. Abotonó la chaqueta de modo que ésta ocultara la pistola y volvió a cubierta.

—Voy a salir —dijo a Lambert—. Mientras estemos fuera, usted cuidará del barco.

Pasó la plancha, saltó al muelle y se dirigió rápidamente hacia la verja que acotaba la zona del puerto. Encontró una parada de taxis muy próxima y se celó de rondón en uno de los coches «Fiat», diciendo al conductor:

—Hay cinco mil liras de recompensa si me lleva a estas señas por el camino más corto. Vulcano, cincuenta y dos.

Desde el asiento anterior, el taxista se volvió para lanzarle una mirada de extrañeza. Luego asintió, puso el motor en marcha y arrancó.

El taxista tomó la primera calle lateral, dobló a la derecha y redujo la velocidad al entrar en una calleja estrecha donde el piso era de desiguales adoquines, teniendo aceras angostas y oscuros y siniestros pórtales por los que frecuentemente salían y entraban marineros de la escuadra norteamericana surta en el puerto.

—Aquí es, míster.

El auto se detuvo. El conductor volvió la cabeza.

—¿Quiere decir que hemos llegado? ¿Tan pronto? —preguntó Eugene sorprendido.

—Usted me dijo que le llevara por el camino más corto, míster. Ésta es la calle Vulcano —repuso el conductor sonriendo maliciosamente.

Eugene también sonrió al comprender la astucia del taxista. La calle Vulcano estaba al volver la esquina del lugar donde tomó el taxi, pero en buena ley no podía quejarse de este abuso del taxista. También pudo haberle llevado dando un gran rodeo, sin más objeto que hacer subir la cuenta y hacerle perder un tiempo inútil.

—Está bien, de acuerdo. Se ganó sus cinco mil —rezongó Eugene, entregando la cantidad convenida. Y saltó a la acera.

El coche se alejó, obligando a los transeúntes a pegarse centra los muros o refugiarse en los oscuros y húmedos portales. Sobre uno de estos portales, Eugene vio el número cincuenta y dos. Sin embargo, optó por no entrar inmediatamente. Yves Masters todavía tardaría un buen rato en llegar.

Lentamente, Eugene se alejó paseando hasta la próxima esquina.

Regresó quince minutos después y esta vez se coló en el portal sin dar muestras de vacilaciones. El zaguán estaba tan oscuro que tuvo que tantear con los pies hasta encontrar el primer escalón. Arriba, sin embargo, brillaba una mortecina luz opalina que facilitó su ascenso por los desgastados escalones después del primer y más oscuro tramo.

La escalera, probablemente, no había vuelto a pintarse desde que el edificio se construyó cincuenta años atrás. A la altura de una persona, las paredes mostraban una oscura pátina de mugre. El pasamano estaba húmedo y pegajoso.

La casa tenía dos apartamientos por piso y cuatro plantas. La puerta quinta, por consiguiente, correspondía al tercer piso. Eugene se detuvo un breve instante ante esta puerta, miró hacia arriba, y después de dudar un segundo continuó subiendo. La débil luz que venía alumbrando su camino estaba en el descansillo del último piso y se trataba de una bombilla de económico consumo encerrada en una sucia bola de cristal.

Después del último piso, la escalera continuaba subiendo. Eugene supuso que conduciría a la azotea, como en efecto ocurrió.

Una puerta desvencijada, asegurada con un par de aceitosos cerrojos, condujo a Eugene a una azotea de pronunciada pendiente. Desde la azotea, por encima de un edificio más bajo, se alcanzaban a ver las luces del puerto, los metálicos brazos de las grúas y la arboladura de los buques.

Llegando hasta el parapeto, Eugene vio una serie de sólidas asas de hierro que formaban a modo de una escalerilla hasta la azotea del edificio de la parte de atrás, y que probablemente habían sido colocadas allí cumplimentando alguna ordenanza municipal, previniendo los casos de incendio.

Meditando sobre el caso, Eugene decidió que hubiera sido muy fácil para Kingman pasar por allí a la azotea inmediata, desde la cual seguramente se dominaba una amplia vista sobre los muelles. Esto explicaría la oportunidad de la llamada telefónica de Kingman, quien con unos prismáticos podía haber vigilado la entrada del «Pompei» en el puerto, e incluso ver a Yves Masters moviéndose sobre la cubierta del barco.

Volviendo atrás, Eugene fue a asomarse sobre el parapeto de la

azotea. Toda la calle se dominaba desde la alta atalaya, por lo que decidió que aquél era un buen sitio para esperar a Yves Masters.

Apenas había formado Eugene este propósito, cuando vio un automóvil que avanzaba lentamente con los faros semiapagados. Tal vez fuese el taxi en el que había de llegar Yves Masters. Eugene estiró el cuello sobre el parapeto.

En este instante se escuchó un fragor de cristales rotos en una de las ventanas situadas debajo de Eugene. Los fragmentos de cristal desprendidos de la ventana fueron a caer en la calle, donde se desmenuzaron con ruido que hizo que algunos transeúntes levantaran los ojos. Eugene no podía ver desde su observatorio la ventana rota, pero tuvo un presentimiento.

Rápidamente se apartó del parapeto, cruzó la azotea y se precipitó por la escalera abajo hasta la puerta de Kingman.

Dentro escuchó un grito apagado seguido de cierto ruido como de algún mueble derribado.

—¡Cogedle! —gritó roncamente una voz en italiano.

Algo o alguien golpeó contra la puerta. Se escuchó el chasquido del pestillo. La puerta se entreabrió, pero quienquiera que hubiese intentado salir no lo logró. Un ruido sordo contra el piso indicó la caída de alguien que dejaba escapar una maldición en inglés.

Eugene buscó la culata de su pistola, empuñó el arma y tiró del cerrojo para introducir un cartucho en la recámara. Luego empujó la puerta con el pie y entró.

La habitación estaba a oscuras, y en ella varias personas luchaban arrastrando y volcando muebles.

—¡Kingman! —llamó Eugene con voz resonante.

Una sombra se precipitó sobre él en la oscuridad. Apenas si tuvo tiempo de apartarse y golpear a ciegas con el cañón de su pistola.

El acero tropezó con algo duro, pero la embestida del hombre todavía alcanzó a Eugene y le tiró contra un diván, desde donde resbaló al suelo. Inmediatamente se puso en pie dirigiéndose hacia el confuso grupo que peleaba en la oscuridad de la habitación. Alargó una mano y atrapó a uno de los hombres por un hombro, obligándole a volverse.

Un puño le golpeó entre los ojos. Se vio reculando andando hacia atrás, tropezando con algo muy ligero y cayendo de espaldas al suelo. A su lado se hizo añicos un jarrón.

La cosa con la cual había tropezado, al parecer, era uno de aquellos chismes altos y de precario equilibrio que servían para colocar jarrones y macetas. Eugene lo cogió en la oscuridad, se puso en pie y lo esgrimió mientras se abalanzaba sobre su desconocido enemigo.

El mueble se hizo pedazos apenas tocó el cráneo del individuo, pero el golpe no bastó para derribarle. De nuevo Eugene utilizó su pistola como maza, asestando un golpe a su contrincante con el cañón. Sus ojos, acostumbrándose rápidamente a la oscuridad, empezaban a distinguir el confuso contorno de las cosas. Vio al hombre que caía derribando un velador, sobre el que había algo parecido a un viejo receptor de radio.

Un leve rumor de pasos apresurados hizo a Eugene volver la cabeza… a tiempo de recibir en la parte alta del cráneo el golpe que iba a descargar sobre su nuca.

Debieron golpearle con el cañón de una pistola.

Ante sus ojos saltaron un millón de estrellas e inesperadamente se vio sentado en el suelo.

—Andiamo presto —dijo una voz en italiano.

Era el hombre que estaba ante Eugene el que hablaba. Eugene vio el brillo, de la pistola niquelada del individuo y más bien presintió el momento en que aquél apretaba el gatillo.

Se echó rodando a un lado al mismo tiempo que retumbaba el disparo y la bala se clavaba en el piso de madera junto a su cabeza. Eugene tenía en la mano su pistola. Furioso, alargó el brazo y disparó. El hombre dejó escapar una maldición. Un objeto duro resonó al caer sobre el piso, probablemente una pistola.

Eugene corrió a gatas a agazaparse detrás del diván. Se escuchó un grito ahogado de dolor y de rabia. Alguien musitó una orden imperiosa. Los hombres se precipitaron hacia la puerta, y Eugene les oyó subir ruidosamente la escalera.

La habitación quedó súbitamente silenciosa.

Eugene abandonó su refugio, corrió hacia la puerta. Arriba se escuchó el golpetazo de la puerta de la azotea. Se escuchaban voces abajo. Alguien subía la escalera.

Eugene retrocedió hacia la habitación, cerró la puerta y buscó a tientas a lo largo del marco. Halló el interruptor de la luz y lo hizo girar. Una bombilla eléctrica iluminó la estancia desde el globo de

una vieja lámpara de porcelana, mostrando una habitación en la que reinaba el más confuso desorden.

Detrás de una mesa volcada, una figura se puso penosamente en pie.

Era Gregory Kingman. Su camisa estaba hecha jirones. Tenía sangre en los labios, sobre una ceja y en varias escoriaciones en la cara. Era él, aunque se había dejado crecer el bigote y llevaba el pelo rapado a modo de cepillo. Su faz estaba mortalmente pálida.

—¿Quién…, quién es usted? —preguntó en inglés.

—Eugene repuso también en inglés:

—Me llamo Founger. Soy un buen amigo de la señorita Masters.

—¿Por qué…, por qué no vino ella?

—Ella…

Eugene se interrumpió. Inesperadamente, Kingman habíase derrumbado cayendo de bruces al suelo. Eugene corrió hacia él, le dio la vuelta…

Kingman le miró con ojos vidriosos. Todo su costado, a la altura del vientre, le había sido abierto por una terrible cuchillada.

—El botín —dijo Kingman con vos estropajosa. Pero Eugene no le entendió en seguida y hubo de inclinarse sobre él—. El botín… la gruta. Dígale a la señorita Masters… Cuarenta grados, veinte minutos…, nueve grados cuarenta y siete minutos… Cabo Comino…

—Cuarenta grados, veinte minutos. Nueve grados, cuarenta y siete minutos. ¿Es eso lo que quiere que le diga a la señorita Masters?

Kingman no contestó. Su cabeza cayó a un lado y sus ojos sin vida quedaron fijos en la pared.

Estaban aporreando la puerta. Eugene fue a abrir, encontrándose ante un pequeño grupo de vecinos que le miraron y remiraron por encima de su hombro al interior de la devastada habitación. Detrás de los vecinos estaba Yves Masters mirándole sorprendida.

Los hombres se pusieron a hablar todos a la vez exaltadamente. Eugene les empujó rudamente a un lado, cogió a la muchacha por un brazo y dijo:

—Vámonos, salgamos antes que llegue la policía.

Bajaron corriendo la escalera, salieron a la calle y echaron a andar apresuradamente.

Arriba se abrió estrepitosamente una ventana y una voz gritó:

—¡Assassino! ¡Catturate al uomo!

Bajo la presión de la mano de Eugene, el brazo de Yves Masters tembló. Ella le miró con sus grandes y espantados ojos.

—No se detenga —la dijo Eugene secamente.

Dos segundos después doblaban la esquina y podían ver al fondo las luces rojas de los mástiles de los barcos.

CAPÍTULO IV

El «Pompei» se deslizó entre las parpadeantes luces rojas y verdes que señalaban la entrada del puerto, y al salir a la mar libre cabeceó rudamente sobre las ondas.

Yves Masters entró en la cabina, y mirando atrás hacia las luces de Génova, dijo:

—En definitiva, ¿hay alguna posibilidad de saber lo que ocurrió en el apartamiento de Kingman? ¿Le mató usted? ¿Por qué lo hizo?

—No diga tonterías —gruñó Eugene, oteando la mar a través del cristal parabrisas de la cabina—. ¿Por qué iba yo a matar a, Kingman?

—Usted estaba a solas con él cuando abrió la puerta.

—Es cierto. Me quedé después que los otros se marcharon para escuchar su última confesión.

—¿Los otros? ¿Quiénes son los otros?

—Sé tanto como usted, aunque posiblemente tenga una sospecha. Esto fue lo que ocurrió. Después que usted se marchó, yo salí detrás y tomé un taxi que me condujo a la calle Vulcano. Me costó cinco mil liras una carrera de apenas un minuto. La calle estaba al volver de la esquina, cosa que usted y yo ignorábamos. Llegué con mucha anticipación a usted y estuve haciendo un poco de tiempo. Subí hasta el tercer piso, la eché un vistazo a la puerta de Kingman y seguí hasta la azotea. Por cierto averigüé de qué medios se había valido Kingman para saber que estábamos aquí.

—¿Qué?

—Kingman tenía acceso desde su azotea a la azotea del edificio de atrás. Desde ese edificio, Kingman debió estar espiando todos los barcos que entraban en el puerto. Debió ver a nuestro barco en el muelle de los vendedores. Por eso telefoneó a la casilla de
«Boriello & Bertoli»,
donde finalmente logró comunicar con usted.

—Bien pudo decirme lo que deseaba por teléfono. Nunca sabremos lo que se propuso comunicarme verbalmente.

—No desespere. Creo que Kingman dijo lo más importante de cuanto deseaba decir.

—¿Cómo? No le comprendo.

—Yo estaba en la azotea cuando saltaron los cristales de la ventana de Kingman. Bajé corriendo. Kingman, en su fallido intento por escapar, llegó hasta la puerta y descorrió el cerrojo. No pudo salir, pero yo entré y me uní a la pelea que allí dentro se estaba desarrollando… Varios tipos estaban aporreando a Kingman. Uno de ellos disparó contra mí. Yo disparé a continuación. Entonces debieron desanimarse y optaron por salir corriendo. Cerré la puerta, encendí la luz… y entonces vi a Kingman que tenía una tremenda cuchillada en el costado. Kingman sólo pudo hablar unas palabras. Luego expiró. Ustedes llamaron en aquel instante…

—¿Qué le dijo Kingman?

—Me dio una posición geográfica en grados de longitud y latitud. Citó un nombre. Y una palabra: botín.

—¡Botín! —exclamó Yves roncamente—. ¿Qué clase de botín?

—Eso es algo que me está intrigando desde que Kingman me confió su secreto. Porque, indudablemente, el lugar donde se encuentra escondido el botín es un secreto sólo conocido por nosotros. Y se me ha ocurrido una idea. Que esa pudo ser la razón por la que Kingman andaba escondido. Alguien más conoce la existencia de ese botín, aunque no el lugar donde está escondido.

—¿Qué cosa cree usted que puede haber escondido en ese lugar?

—Algo de mucho valor, me figuro.

—¿Cigarrillos?

—O armas.

Yves Masters guardó un minuto de silencio mientras miraba atrás hacia las luces del puerto que iban quedando lejos. Luego habló lentamente y dijo:

—Si mi hermano y Kingman escondieron esas armas, cigarrillos o cualquier otra clase de alijo, supongo que no existirán dudas acerca de mis derechos sobre la propiedad de esa mercancía. ¿Usted qué cree?

—Los derechos que puedan alegar otras personas no me preocupan. Los míos, en cambio, sí. Somos socios. Yo conozco el

lugar donde está escondido el botín. Soy propietario de la mitad del barco en que vamos a rescatar ese tesoro. Y, por último, usted sola no sería capaz ni de mandar el barco ni de negociar la venta del alijo para que nos produzca pingües ganancias.

—Comprendo —dijo la muchacha con sarcasmo—. Usted reclama por lo menos la mitad del valor del alijo.

—Sí —repuso Eugene secamente, sin apartar sus ojos de las luces de situación de un barco que navegaba en dirección, a Génova.

—Está bien —pronunció Yves después de una pausa—. Me figuro que de todos modos no podría negarme.

—No, no puede.

Sin una sola palabra más, la muchacha abandonó la cabina y tomó la escalerilla desapareciendo bajo cubierta.

El «Pompei» iba cabeceando sobre las ondas de un mar de fondo y los rociones de agua salpicaron contra el parabrisas. Lambert entró en la cabina. Eugene le hizo señas para que cerrase la portezuela.

—Si me confía el lugar donde piensa ir, le diré si tenemos bastante combustible para llegar —dijo Lambert. Y agregó—: Los tanques están casi vacíos.

—Lo sé. Repostaremos en Mónaco y continuaremos al sur hacia Cerdeña.

Lambert siguió un instante con los ojos el paso del carguero a babor del «Pompei».

—No es necesario que me dé una respuesta, Founger, pero ¿vamos huyendo? ¿De quién?

—De la policía italiana en primer lugar. Esta noche unos tipos apuñalaron a Kingman en una casa de vecindad contigua al puerto. Yo me encontraba junto a la víctima cuando acudieron los vecinos, y por desdicha las apariencias me señalan como sospechoso de asesinato. No podría dar una respuesta satisfactoria a la policía si me detuvieran ahora. Por eso prefiero evitar los puertos italianos.

Lambert asintió lentamente con la cabeza.

—¿De modo que se cargaron a Kingman también? —murmuró.

—Kingman me confió un secreto antes de exhalar el último suspiro. Me señaló la situación exacta del lugar donde hay escondido un importante alijo de contrabando.

—¿Armas?

—Eso espero. Si es como me figuro, la confesión de Kingman será la primera luz que consigamos sobre el misterio de la muerte de Masters. Casi con toda certeza, podemos reconstruir ahora lo que ocurrió.

—¿De veras? —murmuró Lambert con escepticismo—. Pues si usted lo sabe, a mí me gustaría saberlo también.

—Masters, como esta noche Kingman, pagaron con su muerte el precio de una traición. Recuerde que siempre nos intrigó la identidad del misterioso denunciante que nos dio la pista para capturar al barco de Masters. Ahora, yo sé casi con certeza absoluta quién fue el delator.

—¿Sí?

—Fue el propio Masters.

—¡No! —exclamó el agente secreto, pegando un respingo de sorpresa—. Eso no tiene pies ni cabeza. ¿Por qué iba Masters a delatarse a sí mismo?

—Masters jugó en aquella ocasión un juego peligroso en el que se apostaba su propia vida. Quiso ser más listo que los hombres a quienes servía, y su muerte fue el precio de su error. Masters se propuso apoderarse bonitamente de un valioso cargamento de armas. En un lugar determinado de la costa oriental de Cerdeña, previamente escogido, preparó cierto número de cajas que debió llenar de piedras o arena. Cierto día, antes de zarpar de Nápoles con un cargamento de armas para los rebeldes argelinos, Masters hizo una denuncia anónima al agregado naval de la Embajada de Francia en Roma, anticipando el día y la hora aproximada en que el «Pompei» entraría en aguas territoriales tunecinas. Desde Nápoles, Masters se dirigió a su escondite de la isla de Cerdeña, donde desembarcó las armas, tomando en su lugar las cajas llenas de arena. Cuando días después los destructores perseguían al «Pompei», Masters recurrió al socorrido recurso de arrojar su cargamento por la borda. Lo que en realidad arrojó al mar fueron las cajas lastradas con arena, las que al irse, al fondo libraron aparentemente, a Masters de ser juzgado bajo la acusación de tráfico ilegal de armas. En realidad, lo que hizo Masters fue ocultar su traición. Tiró al mar arena y se quedó con un alijo de armas valorado en más de cien mil dólares.

Lambert Riesener dejó escapar un suave silbido de asombro.

Eugene concluyó:

—En algún momento, después de la aventura, los amos para los que trabajaba Masters debieron sospechar que había truco en todo el asunto. Probablemente llamaron a Masters aparte, quisieron arrancarle una confesión, y finalmente le mataron. Kingman huyó, anduvo escondido hasta hoy, pero también le llegó su hora y pagó el precio de los traidores.

—Tuvo que ser así —afirmó Lambert, moviendo enérgicamente la cabeza—. Masters, al regresar de aquel crucero, había cambiado totalmente su tripulación.

—Probablemente dio dinero a sus hombres para que se esfumaran. Ése solo hecho pudo ser el que inspirara sospechas en sus jefes, Es muy posible que alguno de esos hombres le delatara, después.

—Pues si alguien de la tripulación delató a Masters, podemos ahorrarnos el trabajo de buscar el botín. El mismo delator pudo indicar el lugar donde estaban escondidas las armas.

Eugene Founger meditó unos instantes. Luego movió la cabeza.

—No, no lo creo. En primer lugar, Masters no se confiaría a una tripulación de granujas como la suya. Realizaría el cambiazo de noche y en circunstancias tales que sólo él y Kingman sabrían el lugar exacto del escondite. En segundo lugar, existe una circunstancia que apoya mi idea de que nadie ha logrado encontrar todavía ese alijo. Los hombres que esta noche visitaron a Kingman no eran los simples ejecutores de una sentencia. Habría bastado que fuese uno solo de ellos para matar a Kingman. En realidad le estaban golpeando cuando yo llegué. Por lo tanto es probable que intentaran sacarle una confesión antes de matarle.

Como antes Eugene, Riesener guardó ahora silencio. Finalmente habló y dijo:

—En ese caso, puede ser peor para nosotros. Los que están interesados en el rescate del alijo no nos dejarán a sol ni a sombra hasta que les conduzcamos al lugar del escondite. Pero pueden apresarnos también…, incluso someternos a tortura para arrancarnos una confesión y luego arrojarnos como pasto a los peces.

—Eso es precisamente lo que deseo, querido amigo. El hombre o

les hombres que están detrás de todo esto tendrán que dar la cara… y entonces sabremos quiénes son.

—¡Con tal que su cara no sea la última que veamos! —suspiró Riesener.

Eugene dejó oír una risita. El «Pompei», a toda máquina, iba saltando sobre las olas, navegando a lo largo de la costa, aunque fuera de los límites jurisdiccionales de las aguas italianas.

En Mónaco, mientras las mangueras reabastecían al «Pompei» de agua potable y combustible, Eugene estaba sentado en el borde del muelle de carga contemplando a Yves Masters.

De pie en la cubierta del barco, vistiendo un ajustado jersey de lana y unos pantalones cortos deportivos, Yves se protegía del sol con un sombrero de paja de forma cónica mientras admiraba la ciudad que escalonada, se asomaba entre las palmeras al diminuto y abrigado puerto.

—Sí, es una hermosa ciudad, estupenda para divertirse —observó Eugene en voz alta.

La muchacha volvió la cabeza y al mirar a Eugene, éste todavía alcanzó a sorprender en sus ojos cierta expresión de pena y nostalgia que, en forma de luz resplandeciente, se fue apagando hasta quedar en fría y agresiva guardia.

Eugene continuó diciendo:

—Algún día, nosotros tendremos también una pequeña fortuna para disfrutarla jugando en el casino, practicando el esquí acuático y participando en carreras de balandros.

—¿Ésa es toda la diversión que usted ambiciona? —dijo Yves desabridamente.

Eugene levantó los hombros.

—Bueno, el colmo de la diversión para las gentes verdaderamente ricas es aburrirse en un sillón de playa con un vaso de *whisky* y hielo en una mano y una paleta matamoscas en la otra. Pero nosotros todavía no hemos llegado a tanto. Sencillamente, nos meteremos cincuenta o sesenta mil dólares en el bolsillo, compraremos un auto deportivo y…

—Si alguna vez tuviera cincuenta mil dólares en el bolsillo; ¿me cree tan necia que vendría a disiparlos en una mesa de ruleta?

—Pronto tendremos ese dinero, así que ya puede ir formando planes sobre la mejor forma de gastarlos. ¿Qué hará usted?

—Marcharme. Volver a los Estados Unidos, establecer una granja de patas ponedoras y olvidarme que había estado en Europa alternando con piratas, contrabandistas y demás gentuza del estilo de usted.

Eugene abrió la boca sorprendido, pero ella no le dio ocasión a decir nada más. Simplemente, le volvió la espalda y desapareció por la escotilla para refugiarse en su camarote, desde el que poco después se dejó oír un fonógrafo eléctrico.

Reabastecido el barco de combustible, Eugene llevó el «Pompei» al muelle con otros barcos de recreo y se dispuso a salir en compañía de Lambert Riesener.

—Sea buena chica y no se largue a solas con el barco para buscar el tesoro —dijo Eugene a Yves Masters cuando se disponían a saltar a tierra.

—Usted se burla de mí, o bien olvida a propósito que ignoro dónde se encuentra el «tesoro» —dijo la muchacha, adelantando agresivamente su labio inferior.

—Es verdad, lo había olvidado. Pero no crea que lo hice con mala intención. Simplemente, ignorando dónde está el tesoro se evita caer en la tentación de asesinarme para quedarse con todo para usted sola.

—Match, sus bromas no tienen maldita gracia —aseguró Yves, mientras él se reía.

Cuando finalmente los dos hombres se marcharon, Yves quedó sola reflexionando, tumbada en una hamaca bajo la toldilla que cubría toda la cubierta de popa.

Era un hombre extraño aquel Match. ¿Un granuja? ¿Un desaprensivo? Su conducta era la propia de un tipo de su clase, y sin embargo, a pesar de todo, Yves no le creía capaz de llegar a ciertos extremos, como podía ser, por ejemplo, desembarazarse de ella de cualquier modo y rescatar para sí solo el botín que John había dejado escondido en alguna parte.

Tal extremo de confianza en un hombre al que ni siquiera conocía, era ciertamente irritante para Yves. Match tenía una espléndida figura. Era un hombre guapo, audaz, y sin duda inteligente. ¿Influiría todo esto en ella para hacerle alterar la opinión que, visto de otro modo, él sin duda se merecía?

Algo había de cierto en esto. Yves lo sabía. Por esta razón, así

como el organismo humano creaba defensas alrededor del cuerpo extraño introducido en él, Yves levantaba sus propias defensas segregando acíbar con el cual envolver todas sus réplicas. Sí, ella se alegraría si resultaba cierto que su hermano había escondido un alijo de cigarrillos o armas en alguna parte, si podía negociar esa mercancía y marcharse, aunque tuviera que regalar a su socio su parte correspondiente sobre la propiedad del barco.

Match, es decir, Eugene, regresó poco después de la puesta del sol seguido de Lambert y otros tres hombres con inconfundible pinta de marineros. Dos de ellos eran franceses, italiano el tercero.

—Éstos son los nuevos miembros de nuestra tripulación. Joubert, Sandeau y Bartoli. Bartoli se ocupará en adelante de la cocina. Ahora que voy a ser un hombre rico no quisiera morir envenenado.

Yves ni siquiera contestó a esta pulla, la cual podía interpretarse lo mismo como un sarcasmo sobre su forma de cocinar, o como una ironía alusiva a la posibilidad de que ella le envenenara para quedarse con el valor íntegro del botín.

Los hombres, que además de sus sacos de marinero venían cargados con varios paquetes y cajas de provisiones, desaparecieron bajo cubierta. Poco después reaparecieron, quitaron la pasarela, largaron amarras y pusieron el motor en marcha.

Cuando el barco se deslizaba entre las dos torres que defendían la entrada del puerto, un individuo asestaba sus prismáticos sobre los tripulantes que se movían en cubierta.

Todavía estaba el barco a la vista, cuando el insolente fisgón abandonó su observatorio, montó en una bicicleta y se alejó pedaleando por el paseo del rompeolas. En aquel momento estaba siendo observado por Eugene a través de unos prismáticos. Eugene observó:

—Nuestra visita a Mónaco no ha pasado desapercibida para todo el mundo.

—¿Cree que pueda ser un espía de Kretzer? —sugirió Yves.

—No sé. ¿Quién es Kretzer?

—Un alemán, un tipo barrigudo y calvo con quien John tuvo relación en ese asunto de las armas de contrabando. Mi hermano me lo presentó el año pasado en Milán. Era un hombre… muy desagradable.

Eugene tenía referencias de Hans Kretzer. Sabía que Kretzer y Masters habían tenido contacto, pero en realidad ignoraba si Kretzer era el amo del cargamento que John Masters echó, o simuló echar al mar.

—Kretzer, o si no él cualquier otro, sabrá esta noche que hemos zarpado de Mónaco.

—¿Sabrán ellos a dónde nos dirigimos?

—Sin duda lo sospechan. Pero no tema, ellos ignoran dónde se oculta el botín, y es muy dudoso que puedan seguir nuestro rastro en el mar en la oscuridad de la noche.

Las palabras de Eugene estaban muy lejos de expresar su verdadero pensamiento. Kretzer, si era él quien les seguía los pasos, tendría una idea aproximada del lugar donde Masters y Kingman escondieron el alijo. Por lo tanto, lo más seguro era que volvieran a encontrarse con los espías de Kretzer en los alrededores del escondrijo.

Eugene hizo la primera guardia hasta las doce. A esta hora fue relevado por Riesener, cuyo grado era el de teniente de la Marina de guerra francesa, estando por consiguiente más capacitado para mandar el barco en las peligrosas proximidades de la costa corsa que iban a alcanzar en breve.

Cuando Eugene despertó a las seis de la mañana, el «Pompei» se encontraba a la vista de la costa de Córcega navegando en el estrecho de Bonifacio. Al aparecer en cubierta Yves Masters, hora y media después, el barco se hallaba en el centro del estrecho, teniendo a babor la tierra de Córcega, y a estribor el promontorio del cabo Testa, en el extremo septentrional de la isla de Cerdeña.

En este momento, al levantar sus ojos, Eugene alcanzó a ver un diminuto punto brillante que parecía suspendido en el cielo a gran altura. Era un avión. El ruido del motor del barco no permitía oír el zumbido del aeroplano, por lo cual nadie advirtió a bordo su presencia. Eugene, por su parte, guardó para sí su descubrimiento, incluso después de comprobar que el avión volvía atrás, daba una vuelta y se alejaba en dirección al sur.

Poco después de las once, navegando el «Pompei» a la altura de la isla Tavolarba, volvió el avión, dio una vuelta sobre el barco a gran altura y se alejó por el sudeste. Riesener llegó desde el comedor para hacerse cargo del timón a las doce en punto. Eugene

salió de la cabina, se encaramó al techó de ésta y registró el horizonte con sus prismáticos.



El avión dio una vuelta sobre el barco

Vio exactamente lo que esperaba ver, la silueta lejana, apenas asomando tras la curva del horizonte, de una embarcación que navegaba en la misma ruta del «Pompei», aunque manteniéndose

alejada de éste.

En el techo de la cabina había una trampilla corrediza a modo de las utilizadas por algunos automóviles. La trampilla estaba abierta y Eugene llamó por ella a Riesener. Éste se encaramó a un taburete asomando la cabeza por encima del techo de la cabina, tomó los prismáticos que Eugene le ofrecía y los asestó en la dirección señalada por el dedo índice de aquél.

—Tiene un puntal muy bajo y un mástil corto —observó—. Debe tratarse de una embarcación de recreo, probablemente no mucho mayor que ésta. Si lleva radar en su equipo podrá seguirnos fácilmente manteniéndose tras la línea del horizonte, donde nosotros no podamos verle.

Eugene y Riesener eran los únicos que en aquel momento se encontraban en cubierta. El resto de la tripulación estaba comiendo.

—No diremos nada de esto a nadie —dijo Eugene—. Mantenga el rumbo. Una hora antes de la puesta del sol, sea cual sea el lugar donde nos encontremos, disminuiremos la marcha y nos dirigiremos a la costa como si fuésemos a desembarcar.

—¿Pero llegaremos a desembarcar? —preguntó Riesener con ironía.

—Seguramente ellos no nos darán tiempo a hacerlo.

Calculando que la noche podía resultar muy movida, Founger se retiró a su camarote después de almorzar y durmió tres horas, hasta las cuatro. Durante el sueño, el barco pasó de largo ante el cabo Comino y el lugar del escondrijo del botín.

Eugene sabía esto muy bien cuando al subir a cubierta se encontró con Yves Masters.

—Creí que llegaríamos antes de la puesta del sol —observó la muchacha—. ¿Falta mucho todavía?

—Ya casi nada. Llegaremos alrededor de la puesta de sol.

A las seis de la tarde, cayendo el sol sobre el horizonte, Eugene entró en la cámara del timón y habló en voz baja con Lambert.

El barco redujo considerablemente su marcha mientras acortaba la distancia que le separaba de tierra. De nuevo Eugene se encaramó al techo de la cabina para otear el horizonte con los prismáticos, pero no pudo ver al barco perseguidor.

Volviendo los prismáticos a tierra, Eugene descubrió una pequeña caleta al lado de la cual se levantaban los restos de una

antigua torre. Señaló la caleta a Riesener y se apeó de su observatorio.

—No consigo ver el barco —dijo, entrando en la cabina—. Puede que me equivocara, pero de todos modos llevaremos la farsa hasta el final. Acérquese a la caleta cuánto permita el fondo y botaremos las balsas. Si puede arrimar el barco a las rocas, tanto mejor.

La caleta resultó tener fondo suficiente para el escaso calado del «Pompei». Riesener ejecutó una hábil maniobra, virando en redondo en el centro de la caleta y retrocediendo hasta que la popa chocó suavemente contra una roca plana.

Sandeau saltó a tierra llevando una amarra. En este instante Eugene descubrió el barco que venía a toda máquina abriendo las olas en sendas montañas de espuma a cada lado de su quilla.

El barco era una antigua lancha torpedera alemana.

Después de todo, Eugene Founger no iba a quedar defraudado.

—Muchachos —dijo Eugene a Sandeau y Joubert que estaban en tierra—. Recojan las amarras y vuelvan al barco. Tenemos visita.

Yves Masters se plantó de un salto junto a Eugene. La mano de la chica se apoyó en su brazo, y Eugene la sintió temblar.

—Match, ¿es la policía?

—No, no creo. Más bien espero que se trate de su viejo amigo Kretzer, o de algún amigo suyo, o de unos enviados en representación de ellos. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo?

—¡Dios mío, sí!

Eugene puso su mano tranquilizadora sobre la delicada mano que se apoyaba en su brazo.

La antigua torpedera alemana disminuyó la marcha al aproximarse a la caleta. Varios hombres, sobre cubierta, apuntaron con sus fusiles y metralletas a los tripulantes del «Pompei». La torpeza nazi tenía un calado superior a la antigua patrullera de crucero norteamericana, por lo que no llegó a entrar en la caleta. Arrimó su costado a las rocas y media docena de hombres armados saltaron a tierra, corriendo sobre las peñas hacia el arrinconado «Pompei».

CAPÍTULO V

Dos amarras habían sido llevadas desde el barco a las rocas, y un tablón había sido tendido a modo de pasarela facilitando el acceso a bordo.

Con el cañón de una pistola ametralladora oprimiéndole los riñones, Eugene Founger pasó sobre la plancha y pisó la cubierta de la antigua torpedera alemana. Dos marineros, también armados de pistolas ametralladoras, le apuntaban desde distintos ángulos. Un hombre joven, moreno, elegantemente vestido con pantalón blanco, chaqueta azul marino y gorra de «yachtman», avanzó hacia Eugene y quedó esperando mientras el resto del grupo iba cruzando la pasarela.

—¿Están todos aquí? —preguntó el apuesto capitán a los hombres que venían escoltando a los prisioneros.

—No queda nadie a bordo —dijo uno de los piratas.

La pregunta había sido hecha en italiano, y la respuesta fue dada en el mismo idioma. Sin embargo, el capitán pirata empleó el inglés al dirigirse a Yves Masters:

—Usted debe ser la señorita Masters.

La voz de Yves era más firme de lo que cabía esperar en aquellas circunstancias cuando contestó:

—Sí, yo soy Yves Masters.

El capitán posó una mirada aprobadora sobre la figura femenina y se sonrió. Luego, bruscamente, adoptó un aire, severo al dirigirse a Eugene.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Heywood Match.

—¿Americano?

—Sí.

—¿Socio de la señorita Masters, si no me equivoco?

—En efecto, sí, señor.

—Me llamo Gaspieri —dijo el capitán, dirigiéndose de nuevo a Yves. Su voz se hizo persuasiva—. No queremos causarles daño. Dígannos sencillamente dónde esconden el alijo, y todos nos ahorraremos tiempo y molestias.

—Lamento mucho no poder darle el informe que desea, señor Gaspieri —dijo Yves con seca ironía—. En realidad ignoro dónde está ese alijo. Es más, hasta que usted lo nombró, yo incluso dudaba que realmente existiese.

Gaspieri pareció momentáneamente desconcertado.

—Usted bromea —dijo.

Yves Masters miró a Eugene, el cual se sintió llamado a intervenir aclarando las dudas del capitán.

—Es cierto, la señorita Masters ignora donde se encuentra el escondrijo.

—¿Lo sabe usted? —interrogó Gaspieri bruscamente, encarándose con Eugene.

—¿Para qué voy a negarlo? Sí, lo sé. Pero no se lo diré.

Gaspieri miró ahora a Eugene con la expresión despreciativa de quien ve a una hormiga subírsele por la manga.

—Temo que no hayan comprendido bien su situación, amigos míos. Les hemos capturado. Casi como quien dice, les cogimos con las manos en la masa. Sabemos que el alijo está aquí, escondido en cualquier lugar entre esas rocas. Dar con él puede ser cuestión de tiempo, pero nuestro tiempo es demasiado precioso para perderlo cuando está usted aquí para decirnos dónde está enterrado. ¡Fado!

Nadie contestó por el momento a esta llamada. Uno de los hombres fue a asomarse a la escotilla de la sala de máquinas y gritó:

—¡Fado, sube! El capitán tiene un pequeño trabajo para ti.

Una mole gigantesca salió con alguna dificultad por la estrecha escotilla. Era un tipo enorme, velludo el poderoso y desnudo torso. Iba descalzo y toda su ropa consistía en un pantalón azul manchado de grasa y aceite. Sobre un cuello corto y musculoso, una pequeña cabeza rapada, una frente estrecha, unas pobladas cejas y unos ojillos siniestros que guiñaban maliciosamente.

Limpiándose las engrasadas manos con un puñado de algodones, el hombre se acercó al capitán.

Gaspieri le habló en italiano:

—Fado, aquí hay un individuo que se burla de los portugueses.

Este hombre asegura que no eres capaz de hacerle decir lo que nosotros queremos que nos diga.

—¡Bueno! —Gruñó el portugués. Y movió sus descalzos pies sobre las planchas de cubierta, acercándose a Eugene.

Eugene retrocedió instintivamente un paso, pero la presión del cañón de la ametralladora contra sus riñones le obligó a tenerse tieso. Fado arrojó los algodones a un lado.

—¿No quieres hablar? —Gruñó—. Fado te hará hablar hasta que no te quede saliva en la boca.

Eugene no esperaba que aquel castillo humano fuese tan rápido. El puñetazo que Fado amagó contra su estómago le pilló casi de sorpresa. Bajó las manos para cubrirse el estómago, y entonces recibió en la mandíbula un puñetazo terrible como una coz.

Eugene sintió crujir su quijada dentro de su cerebro. Sin saber cómo había llegado hasta allí se encontró sentado en el piso.

—¿Sigue obstinado en guardar silencio, señor Match? —preguntó Gaspieri con ironía.

Fado se inclinaba animado de la manifiesta intención de coger uno de los pies de Eugene para enroscárselo como un sacacorchos. El joven se echó atrás y levantó una pierna, asestando al gigante un terrible puntapié en la mandíbula.

Por efectos de la contundente patada, Fado salió andando hacia atrás, arrolló al elegante Gaspieri y los dos fueron rodando por la cubierta.

Eugene se puso en pie. Y de nuevo la odiosa presión del cañón de la metralleta le recordó el peligro en que se encontraba, obligándole a bajar los brazos exhalando un suspiro de resignación. Gaspieri se levantó también y gritó:

—¡Fado, rómpele los huesos!

El gigante se incorporó resollando como un búfalo.

—¡Cobardes! —sollozó Yves— Masters con voz furiosa. —¿Por qué no le dejan luchar al menos?

En el pequeño cerebro de Fado debía quedar alguna partícula de dignidad humana. Se detuvo mirando a Gaspieri como avergonzado. Eugene aprovechó esta tregua para gritar en dirección a Gaspieri:

—No le diré dónde está escondido el botín, Gaspieri. Aunque me maten, no lo diré. Y si me matan se quedarán sin saber dónde se encuentra el escondrijo. Vayan a tierra, busquen tras cada piedra y

cada mata. No lo encontrarán. No está aquí, ni siquiera se encuentra cerca. Les engañé dirigiéndome a tierra en cuanto descubrí que nos estaban siguiendo con su radar. También vi su aeroplano esta mañana y este mediodía. ¿Me cree tan tonto que iba a conducirles al lugar del escondrijo, sabiendo que venían siguiéndome los pasos para caer sobre mí en cuanto me detuviera?

Gaspieri clavó sus ojos furiosos en Eugene.

—Tiene que decirme dónde está escondido ese maldito alijo. ¿Es que no quiere comprenderlo? He recibido orden de no regresar a Nápoles sin el botín. Si me obliga tendré que arrancarle la piel a tiras y luego matarle.

—También me matarán si les indico el lugar del escondite. Después de Masters y Kingman, yo soy el único que conoce la situación exacta. Mi última oportunidad consiste en negociar un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Nuestras vidas por el botín.

Gaspieri se mordió los labios contrariado.

—No estoy autorizado para llevar a cabo ninguna clase de negociación.

—Seguramente tampoco le autorizaron para asesinarnos antes de haber encontrado el alijo.

—Puede que, pese a todo, el escondrijo esté más cerca de lo que usted dice. ¡Berutti!

Un hombre se adelantó. Gaspieri le interrogó.

—¿Reconoces este lugar?

Berutti, el traidor cuya existencia había sospechado Eugene, se volvió hacia la caleta y las rocas circundantes.

—Es posible que fuera aquí.

—¿No lo sabes?

—Era de noche, había mucha oscuridad y el señor Masters nos acuciaba con sus prisas. Estas costas parecen todas iguales. Había como un hoyo grande detrás de las rocas. Pusimos las cajas allí y las cubrimos con un encerado y después con piedras.

—Está bien, sacad ese detector de minas y empezad a buscar —dijo Gaspieri de mal humor—. Amarrad bien a éstos y llevadles al pañol de proa con un guardia de vista.

Poco después, sentados en el piso y los rollos de cuerda del

pañol, con las manos atadas a la espalda, Bartoli se lamentaba:

—Bien está que ustedes tengan cuestiones con esta gente. ¿Pero qué mal hemos hecho nosotros para que nos maten?

Aunque hablaban muy poco italiano, Joubert y Sandeau afirmaron con la cabeza, Estaban asustados. Sus ojos todo era mirar por la puerta abierta al pirata que, con una metralleta cruzada sobre las rodillas, estaba sentado en una banqueta en el contiguo fancho de la marinería.

Eugene trató de animarles.

—No teman, nadie les va a matar. Ellos buscan algo que solamente yo puedo decirles donde está. Y como es natural, estando en juego mi propia vida, no voy a ser tan necio que les diga lo que quieren saber, sin asegurarme previamente la salvación.

Eugene miró a Yves Masters en busca de alguna seña de asentimiento. Ella hizo más que esto diciendo:

—Después de ver cómo se han desarrollado los hechos, me alegro que no me confiara el lugar del escondite. En caso de que nos interroguen, confío más en su fortaleza que en la mía.

—Gracias, es un honor que me hace —repuso Eugene con sorna —. A mí también me gustaría poder confiar en alguien, mejor que en mí mismo. Ese bruto de Nade tiene unos puños como cascos de mula.

Siguió a esto un silencio muy largo.

Al cabo de media hora, Yves Masters preguntó:

—¿Cuánto tardarán en convencerse de que el alijo no está ahí?

—Dos horas. Una hora tal vez. Con un detector de minas se puede registrar una extensión grande de terreno en muy poco tiempo.

Pasó otro largo rato.

—¿Qué cree usted que harán luego que se convenzan que el alijo no está en este lugar? —preguntó Yves Masters.

—Tal vez nos lleven a presencia de su jefe para negociar un acuerdo. O tal vez me amarren a un potro y me den tormento al uso medieval, tratando de arrancarme una confesión.

Eugene dijo esto con acento intrascendental, más a pesar de ello vio palidecer a la muchacha.

—Es horrible cuánto está sucediendo —murmuró Yves—. Y todavía es más horrible que tenga que suplicarle que, en el caso de

ser sometido a tortura, resista hasta lo irresistible por su propio bien…, por el mío y el de estos pobres hombres inocentes. Ahora estoy convencida que sólo les interesa dar con el botín, y que una vez lo tengan en su poder no les importa lo más mínimo arrojarnos al mar dentro de un saco de lona…, como hicieron con mi hermano.

Eugene no tuvo oportunidad de contestar. Gaspieri entró en el dormitorio de la tripulación y vino a asomarse al pañol.

—Está bien, Match, usted ha ganado —dijo el italiano—. No hemos podido dar con el escondrijo. ¿Qué cree que debemos hacer con usted?

—Yo creo que sería una buena idea llevarnos a Nápoles para que pudiéramos entendernos directamente su jefe y yo.

Gaspieri dudó unos instantes y luego afirmó:

—Sí, seguramente eso será lo mejor.

Al marcharse el italiano y quedar nuevamente solos, Yves Masters y Eugene cambiaron una mirada.

En los ojos de la joven había una nueva luz de esperanza. En los de Eugene una expresión de regocijado triunfo. Su plan, al fin, estaba resultando como él lo proyectó.

Al salir por la escotilla y pisar la cubierta del barco, el cielo de Nápoles le pareció a Eugene Founger más azul, más bello y más brillante que nunca. Ante sus ojos se extendía la ciudad, con el cono del Vesubio a la derecha, y a la izquierda, más próxima, la recortada costa con sus blancas «villas» de recreo, casi todas con su pequeño embarcadero particular en el fondo de las recogidas calas de verdes y transparentes aguas.

El barco, después de haber parado sus máquinas, se mecía suavemente frente al Cabo Posillipo. Una lancha motora de elegantes líneas y afilada quilla venía hacia el barco desde la costa.

De los seis prisioneros encerrados en el pañol de proa, solamente Yves Masters y Eugene habían sido invitados a subir a cubierta.

—Quitadles las ligaduras —ordenó Gaspieri a sus hombres.

Las metralletas habían desaparecido a la vista por el momento. Un hombre sacó su navaja, cortó las cuerdas de las muñecas de los prisioneros y arrojó las ligaduras al agua.

La lancha abordó a la antigua torpedera.

—Síganme —dijo Gaspieri haciendo una seña a sus prisioneros.

Dos tipos fornidos venían en la lancha, aparte el tripulante, que

manejaba el timón. Eugene saltó el primero a la motora y ayudó a la muchacha. Gaspieri les siguió, permaneciendo de pie asido al pasamanos en la parte exterior, mientras Eugene y la chica ocupaban los tapizados asientos de la lujosa cabina.

La travesía fue corta. La lancha arrimó a un pequeño embarcadero de madera, al pie de una roca. Una escalera tallada en la peña llevó a todo el grupo hasta una terraza donde se veían diseminadas un par de mesas y varias sillas de playa bajo los listados toldos de algunas sombrillas. Un seto separaba la terraza de una faja de jardín que rodeaba una hermosa casa de mármol blanco.

Desde la terraza, dos escalones de mármol orientaron a los visitantes a un sendero de grava, y por éste llegaron a una segunda terraza acristalada llena de flores y pájaros, la cual formaba parte de la casa propiamente dicha.

Allí, un hombre grueso estaba ofreciendo una hoja de lechuga a una cacatúa a través de los dorados barrotes de una jaula, presentando a los recién llegados los pliegues de un cuello corto que servían de base a un cráneo completamente calvo, liso y morondo como una bola de billar.

Al entrar Gaspieri con sus prisioneros, el hombre se volvió.

Su cara era ancha y grasienta, con hinchadas papadas y colgantes bolsas bajo los ojos. Tenía las cejas blancas, la nariz chata, los ojos pequeños y de un color azul acuoso.

Eugene conocía de vista al hombre. Era Hans Kretzer. Pero Kretzer no le conocía a él.

Kretzer clavó sus turbias pupilas en Eugene, pasando después a mirar a Yves.

—Usted es la señorita Masters —dijo en inglés, con marcado acento alemán—. ¿No nos hemos visto antes?

—Mi hermano me presentó a usted el año pasado en Milán —dijo la muchacha con voz firme.

—Sí, ahora lo recuerdo. Debía estar yo muy ocupado aquel día, para no reparar en lo guapa que es usted, *miss* Masters. ¡Oh, no es un cumplido! —protestó Kretzer calurosamente—. La Naturaleza me hizo el regalo de algunos dones…, entre los cuales no se cuenta la belleza. Acaso por eso sea un ferviente admirador de la belleza en cualquiera de sus manifestaciones. Me gusta rodearme de cosas bonitas y agradables a los sentidos, cuadros, flores, pájaros… ¡Oh,

perdón! Debo estarla aburriendo…

Yves se limitó a guardar silencio. Kretzer volvióse a mirar a Eugene. Arrugó el entrecejo y dijo suspirando:

—Por desgracia, uno no puede ocuparse solamente de las cosas de su predilección. He aquí un feo asunto al que hemos de dar una solución. Señor Match… ¿se llama usted así?

—Sí.

—Perfectamente, señor Match. Vamos a esforzarnos por arreglar esta cuestión sin estridencias ni frases desagradables, como lo harían dos caballeros. Según parece, usted es la única persona que conoce el lugar donde Masters y Kingman escondieron aquel alijo de armas…

—Sí, eso creo.

—Usted, naturalmente, quiere sacar un precio por la información que posee…

—Concretamente, quiero salvar la piel —dijo Eugene sonriendo.

—Su vida ni la vida de la señorita Masters nunca estuvieron en peligro, señor Match. ¿Por qué creyó otra cosa? —repuso Kretzer con acento de suave reproche.

—Tal vez lo creyera ante el ejemplo de lo que ocurrió a Kingman.

—Kingman era un ladrón, como su amigo Masters… ¡perdón! —dijo haciendo una inclinación en dirección a Yves.

—¿Por qué eran ladrones Kingman y mi hermano? —estalló Yves Masters violentamente.

Kretzer pareció molesto por primera vez desde que comenzó la entrevista.

—Usted me excusará de tener que enumerar los cargos que sin duda ya conoce…

—No sé siquiera de qué me está hablando. Pero quiero saberlo, y le aseguro que soportaré sin sonrojarme cualquier cosa que usted tenga que decir contra mi hermano, por muy dura que sea.

Kretzer, evidentemente, estaba sorprendido. Miró de Yves a Eugene, volvió a mirar a la muchacha e hizo una mueca violenta tras la cual trataba de esconder una sonrisa maliciosa.

—¿De modo que ustedes no sabían…? ¡Oh, ahora comprendo!

—Es usted más afortunado que nosotros, porque nosotros seguimos sin comprender nada —dijo Yves con acento mordaz—. Ni

siquiera por qué estamos aquí.

—Bueno, eso sí que lo sabemos —medió Eugene—. Hemos venido a negociar un alijo de armas por nuestras vidas. Sólo tenemos que decir «sí» o «no». Y o nuestro alijo pasa a poder de nuestros amigos… o estos simpáticos amigos nos arrojan al mar con un anclote en el pescuezo para que sirvamos de pasto a los peces.

—Usted cállese —dijo Kretzer abruptamente—. No hay ninguna gracia en todas las tonterías que está diciendo.

Kretzer, indiscutiblemente, poseía dotes de mando. Éste debía ser uno de los dones que le otorgó la Naturaleza, supliendo su falta de belleza… y de escrúpulos. Eugene guardó silencio. Kretzer adoptó un aire paternal al dirigirse de nuevo a la muchacha.

—Su hermano, *miss* Masters, no obró con…, digamos con cordura, en el asunto que nos ocupa. En enero de este año, John Masters pasó con su barco a formar, parte de la flotilla dedicada a transportar armas al norte de África y el Cercano Oriente. Poco después, en febrero, un enviado del FLN nos compró un cargamento de pistolas ametralladoras, valorado en ciento veinte mil dólares. La operación se realizó según costumbre, comprando el delegado en firme y abonando el importe del alijo cuando éste estuvo a bordo del «Pompei». Por lo general, nosotros no corremos con el riesgo del transporte más allá de las aguas jurisdiccionales italianas. Insisto en esto para hacerle comprender lo que ocurrió luego. El barco de su hermano fue interceptado por los buques de guerra franceses en aguas tunecinas. Masters procedió a arrojar su cargamento por la borda con el fin de salvarse de una acusación por contrabando de armas. Los franceses tuvieron que dejarle en libertad y aquí terminó aparentemente el asunto, corriendo los argelinos con la pérdida de aquellos ciento veinte mil dólares en armas.

—¿Por qué dice «aparentemente»? —inquirió Yves Masters.

—Porque el asunto tuvo posteriormente un epílogo inesperado. Los argelinos no se resignaron tan fácilmente a la pérdida de aquel alijo. Averiguaron que alguien había hecho una confidencia al agregado naval de la embajada de Francia en Roma. Luego apareció un delator, un hombre llamado Berutti que formaba parte de la tripulación del «Pompei» cuando éste fue abordado por los buques franceses. Según Berutti, Masters llevó su barco a cierto lugar de la costa de Cerdeña, donde al amparo de la oscuridad de la noche

desembarcó las armas, tomando en su lugar un número casi igual, de cajas llenas de arena. Así quedó descubierto el truco de su hermano. El propio Masters se delató a sí mismo, dando a los franceses datos precisos sobre el lugar donde se encontraría en determinado día a una hora señalada. Masters no corría ningún peligro en lo que a los franceses se refería. Incluso si le hubieran apresado antes de desembarazarse de todas las cajas, aquéllos sólo habrían encontrado arena. Por otro lado, Masters se quedó con un alijo de armas valorado en ciento veinte mil dólares, el cual se proponía negociar por cuenta propia así pasara un tiempo razonable. Un truco en el que habían de participar varias personas, sin embargo, era un truco burdo que no podía tener éxito. Lo inmediato, después de saberse esto, fue que el FLN condenara a muerte a John Masters y Gregory Kingman.

—¡John hizo eso! —exclamó Yves mirando a Kretzer con pupilas agrandadas por el horror—. ¡Dios mío, y yo que creí…!

—Usted no creerá que su hermano pudiera reunir cien mil dólares para invertirlos en un cargamento de armas, ni que tuviera motivos para andar ocultando ese alijo, si no fuera porque le había sido escamoteado a los argelinos con traición y engaño.

Fuera cual fuese el concepto que Yves tenía formado de su hermano, el golpe asestado a su confianza fue brutal.

—Yo no diré que su hermano fuera malo —dijo Kretzer a modo de consuelo—. Sencillamente fue tonto, En lo que a mí respecta, su felonía no me perjudicó directamente. Pero faltó a las reglas del honor que rigen nuestras actividades. No es ironía. Aunque nos tachen de desaprensivos, hay ciertos principios entre nosotros que obligatoriamente se han de respetar.

—¿Quién le mató? —preguntó Yves clavando sus brillantes ojos en la grasienta cara del alemán.

—No podría señalarle al hombre aunque quisiera. En realidad no fue una venganza personal, obra de un solo hombre. El FLN dictó la sentencia. Sus agentes se encargaron de liquidarle.

Abrumada por el dolor y la vergüenza, Yves Masters abatió su barbilla sobre el pecho.

Eugene tosió para atraer sobre él la atención de Kretzer.

—Está bien —dijo Eugene—. ¿Cómo quiere que solucionemos el asunto?

Kretzer posó sus acuosas pupilas sobre él.

—Hemos tenido que colaborar con los argelinos para que puedan rescatar su alijo. El FLN es un cliente seguro que no queremos perder. Creo que podemos fijar las condiciones en términos muy sencillos. Usted nos indica dónde está el escondrijo. Nosotros les dejamos en libertad.

—Bueno, pero ¿qué garantía nos ofrecen? Esto es lo que quiero decir. Si primero les digo dónde están las armas, ¿cómo sabremos que luego ustedes cumplirán su palabra dejándonos en libertad?

—Usted seguramente no ha tratado jamás con caballeros. ¿Qué clase de individuo se ha creído que soy? —repuso Kretzer con desdén.

Yves Masters alargó su mano tocando en el brazo de Eugene con la punta de los dedos.

—Dígales dónde está el alijo, Heywood. Se lo ruego. Esas armas no nos pertenecen, fueron la causa de la muerte de mi hermano. No quiero volver a oír hablar de ellas.

—De acuerdo, si usted lo desea así —dijo Eugene encogiéndose de hombros.

CAPÍTULO VI

Cuando Eugene despertó a la mañana siguiente se sentía fresco y descansado. No tuvo queja contra la mullida cama de muelles, ni tampoco de la confortable habitación que le habían asignado. En el cuarto de baño encontró una maquinilla de afeitar eléctrica, la cual utilizó mientras silbaba alegremente ante el espejo.

En tanto se afeitaba oyó la puerta en la habitación. Se asomó.

Era el mismo criado que la tarde anterior le subió la comida. Sobre su brazo doblado traía los pantalones de Eugene, y en una mano la camisa ya limpia y planchada.

Depositando cuidadosamente los pantalones en el respaldo de una silla, el guardaespaldas de Kretzer anunció:

—El señor Kretzer le invita a desayunar en su compañía en la terraza dentro de diez minutos.

Eugene se asomó a la ventana que daba sobre el mar y vio, en efecto, al opulento Kretzer que leía un periódico arrellanado en uno de los sillones bajo una sombrilla de playa.

—Magnífico. Dígale al señor Kretzer que aceptaré con mucho gusto su invitación. ¿Y la señorita Masters?

—Supongo que en su habitación. La doncella es quién se ocupa de ella —repuso el hombre secamente.

«Cara de pocos amigos», murmuró Eugene para sí mientras el otro salía cerrando la puerta.

Esta vez, sin embargo, no echaron la llave por fuera.

Diez minutos más tarde, recién afeitado y bien peinado, con su camisa limpia y sus pantalones impecablemente planchados, Eugene atravesaba el jardín y salía a la terraza.

Un criado, de chaqueta blanca y pechera almidonada, estaba sirviendo el desayuno.

—Hola, buenos días —saludó Eugene.

—Es usted puntual —observó Kretzer cordialmente—. La

puntualidad es una de las virtudes que más aprecio en el pueblo norteamericano. Con estos italianos no se puede contar nunca a la hora señalada. Tome asiento, tenga la bondad.

El criado llenó la taza de Eugene, dejó a su alcance el azúcar, las tostadas y el zumo de naranja y se retiró. Eugene probó el café, que encontró muy bueno, miró hacia el quieto mar y suspiró.

—¡Dios mío, qué bien se vive cuando se vive bien! Debe usted ser feliz teniendo dinero y una casa tan estupenda.

—Ustedes, los americanos, suelen medir la felicidad por la cantidad de dinero que uno tiene. Sin embargo, el dinero no lo es todo —observó Kretzer.

—Es cierto. El dinero no lo es todo, pero sí casi todo.

—Tengo una buena noticia para usted.

—¿Sí?

—El capitán Gaspieri acaba de enviarme un telegrama diciendo haber encontrado el alijo.

—¡Magnífico! ¿Así podré marcharme hoy mismo?

—¿Tiene mucha prisa en salir de esta casa, señor Match?

—¡Dios mío! —exclamó Eugene riendo—. Pruebe a invitarme por todo un año en su casa y se arrepentirá.

Kretzer hincó sus fuertes dientes en la tostada, recogió con la punta de la lengua una gota de mantequilla de sus labios y aseguró:

—Match, me agrada usted. Creo que es un muchacho inteligente. Me gustaría darle una oportunidad.

—¿Quiere decir una oportunidad de ganar dinero?

—El contrabando es un buen asunto. Tiene sus riesgos, mas como todas las profesiones que implican un riesgo, está bien pagado. Usted tiene un barco. Me figuro que no lo compraría para realizar cruceros de placer.

—Ciertamente, no. La señorita Masters y yo teníamos el propósito de dedicarnos al contrabando de cigarrillos, pero acaso haya algo que permita ganar dinero más aprisa.

—Antes de seguir adelante, Match, he de hacerle una advertencia. Exijo obediencia ciega y lealtad sin límites a todos mis hombres. En correspondencia les pago bien y les brindo oportunidades de ganar dinero. Por ejemplo, el capitán Gaspieri. Empezó trabajando a mi lado como simple asalariado. En la actualidad tiene su propio barco, cobra por llevar armas a los

argelinos y redondea el negocio Cargando cigarrillos americanos en el puerto franco de Tánger durante el viaje de regreso. Yo le facilité el dinero para que pudiese comprar el barco.

—Conmigo no tendría que desembolsar dinero. Ya tengo mi propio barco, en copropiedad con la señorita Masters, se entiende. Sométame a prueba. Estoy ansioso de correr aventuras y ganar dinero.

Kretzer mordió de nuevo en su rebanada de pan tostada, guardó silencio mientras movía las mandíbulas y luego habló:

—Puesto que ha nombrado a la señorita Masters. ¿Es ella su amiga?

—Según lo que usted entiende por amiga…, no. No es una amiga. Es simplemente mi socio.

—La señorita Masters es una chica muy guapa. ¿No le agrada?

—Mi culto a la belleza no alcanza al grado de éxtasis que usted profesa a sus pájaros y sus flores. Hay muchas chicas guapas, pero muy pocas merecen que uno les sacrifique su libertad.

—Usted es un joven serio, Match, por cuanto no se le ocurre que uno pueda tener cuantas chicas guapas quiera sin sacrificar un ápice de su libertad. Ésa es una cualidad que le admiro…, aunque personalmente no comparto su manera de pensar. Usted, en suma, no está enamorado de la señorita Masters.

—¿Quiere decir que uno está obligado a enamorarse de todas las mujeres guapas que conoce? —preguntó Eugene sorprendido.

—A algunos nos ocurre eso, amigo mío —Kretzer se echó a reír y su abultado abdomen se estremeció a impulsos de su risa hasta que el cansancio le dejó sin resuello y sin voz—. En fin, volviendo a los negocios —dijo Kretzer de excelente buen humor—. Voy a darle una oportunidad de entrar en mi organización exigiéndole a cambio una, pequeña muestra de fidelidad. Gaspieri está cargando en el «Pompei» las cajas que Masters escondió. Mi hidroplano le llevará a Cerdeña, donde volverá a hacerse cargo de su barco. Si está de acuerdo con mis condiciones, le daré un sobre lacrado en el que encontrará las instrucciones precisas para llevar ese cargamento a su destino. Le proporcionaré una nueva tripulación. Entre esos hombres habrá uno que no debe llegar a África ni regresar a Italia. Se llama Berutti.

—¡Berutti! ¿No es ése el hombre que…?

—El que traicionó a Masters, exactamente —dijo Kretzer con voz dura.

—Creí que ese hombre le había prestado un buen servicio al delatar a Masters.

—Ciertamente. Sin embargo, desconfío por principio de todos los hombres que venden a un amigo por dinero. Si Berutti traicionó a Masters por obtener una recompensa, otro día puede traicionarme a mí por la misma causa. Berutti debe desaparecer. Y usted será el encargado de despacharle al fondo del mar metido en un saco con un buen contrapeso.

Eugene apretó los dientes con fuerza. Sus ojos brillaron, aunque Kretzer no podía sospechar siquiera la razón de esa extraña luz.

—¿Nada más que eso? —preguntó Eugene.

E inmediatamente comprendió que se había excedido en la representación, al advertir el chisporroteo de desconfianza en las pupilas de Kretzer.

—Por el momento lo considero suficiente —dijo el alemán. Y agregó secamente—: Sobre todo, teniendo en cuenta que debe ser usted quien por su propia mano despache a Berutti.

—Ah, ya comprendo.

Con su mueca de desagrado, Eugene Founger debió disipar las sospechas que pudieran haber surgido en el tortuoso cerebro de Hans Kretzer.

Media hora más tarde, un hidroavión «Cesna» se posaba en las quietas aguas del golfo de Nápoles y poco después, Eugene Founger saltaba de una lancha a la cabina del aparato. La única cosa que tuvo que lamentar, al partir a Nápoles, fue no haber tenido ocasión de despedirse de Yves Masters.

Borda contra borda, el «Pompei» y el «Volturno» se mecían sobre las olas ah abrigo de la costa cuando Eugene pasó al bote que los barcos habían destacado.

El hidroavión remontó el vuelo inmediatamente, mientras el bote, impulsado por un motor de fuera borda, salvaba la corta distancia hasta los barcos y arrimaba al costado del «Volturno». Gaspieri, cuyo rostro macilento mostraba el cansancio de toda una noche sin sueño, acogió a Eugene con cara de pocos amigos.

Eugene le hizo entrega de la carta cerrada y lacrada que Kretzer le había confiado.

Gaspieri se retiró al extremo opuesto de la toldilla como un perro gruñendo con su hueso entre dientes. Rasgó el sobre, leyó la carta y frunció el ceño. Cuando hubo leído la carta la guardó en su bolsillo, se acercó a Eugene y dijo:

—No sé cómo se las arregló, amigo, pero sin duda supo dorarle la píldora al jefe. Usted debería estar muerto a estas horas. Lo estaría si el jefe no hubiese cambiado de opinión, y todavía no sé por qué diablo cambió.

—Uno también tiene su simpatía y sus dotes de persuasión —dijo Eugene irónicamente.

—Lo que tiene es una amiga muy guapa, compañero. ¿Qué hizo? ¿Se la cedió al viejo a cambio de entrar en la organización?

Impulsivamente, casi sin saber cómo, Eugene se vio disparando su puño contra la barbilla de Gaspieri y vio al italiano rodando por cubierta entre el asombro de la tripulación:

Gaspieri se puso en pie lanzando una maldición. Sus ojos llameaban y por un momento pareció que iba a arrojarse sobre Eugene. Luego sonrió acariciándose la barbilla lastimada, tomó la impecable gorra que le tendía uno de sus hombres y dijo:

—Está bien, vaya a su barco. Le enviaré a la tripulación.

—¿Hay algún inconveniente en que conserve toda o parte de la mía propia? —preguntó Eugene.

A lo que el otro contestó:

—Sí, hay un inconveniente. El jefe no quiere.

Eugene se dirigió a la borda y saltó del «Volturno» a la cubierta de su propio barco. Diez minutos más tarde, Gaspieri se asomó desde la cubierta del «Volturno» y dijo:

—Ahí va la tripulación. Fado como maquinista. Umeco de piloto. Capoli, Prieto y Berutti para ayudar a lo que sea. Vamos, muchachos, coged vuestros bártulos y largaos de aquí.

Los cinco hombres pasaron al «Pompei». Desde el «Volturno» soltaron los ganchos de abordaje que sostenían a las dos embarcaciones unidas. Los «Diesel» de la antigua lancha torpedera alemana lanzaron un torrente de humo por el escape. El «Volturno» se alejó, mientras desde cubierta sus tripulantes se despedían con soeces insultos de los que quedaban a bordo del «Pompei».

—Muchachos —dijo Eugene cuando, el «Volturno» se encontraba lejos—. Vamos a lo nuestro. Fado, a las máquinas.

Umeco, al timón. Los demás cojan baldes y limpien está cubierta. Parece que hubiera estado aquí una piara de cerdos.

Cuando el «Pompei» empezaba a moverse, Eugene bajó a su camarote para una visita de inspección. Tal como se temía encontró la cámara completamente en desorden. Faltaban algunas cosas de pequeño valor; un reloj despertador de viaje, su pluma estilográfica y todo el dinero.

En el camarote contiguo, que había ocupado Yves Masters, el saqueo había sido todavía más completo. Encontró a faltar el pequeño receptor de radio de transistores, la maleta y el aparato tocadiscos de Yves, Alguien se había divertido haciendo porquerías con el lápiz labial y los cosméticos abandonados en el pequeño tocador.

Desparramadas por el piso y los muebles hablan varias prendas íntimas femeninas.

Recogiendo una de estas prendas, Eugene quedose con ella en la mano reflexionando. Una extraña emoción le, embargaba al pensar que aquellas delicadas prendas habían estado en contacto con el cuerpo de la muchacha.

Investigando sobre esta sensación y su forma de reaccionar ante el insulto de Gaspieri, Eugene halló la razón del malestar interior que le atormentaba desde que salió de Nápoles en avión.

Había abandonado a Yves Masters a su propia suerte, sin una palabra de despedida, sin una frase de aliento. Era un egoísta. Al menos, esto sería lo que ella pensara de él. Ciertamente, Yves no era una niña y sabría defenderse de Kretzer si éste, como era de temer, pretendía agregarla a las cosas bellas de que tanto gustaba rodearse.

Respecto a Eugene, como agente secreto de una potencia que intentaba destruir a Kretzer, le estaba vedado interferir su trabajo con cesiones a cualquier problema de índole personal ni sentimental. Ésta era una de las cosas desagradables propias de su profesión. El agente secreto perfecto debía carecer de corazón y de conciencia. Tenía que sacrificarlo todo, y si llegaba el caso a sacrificarse a sí mismo, por el logro de su objetivo. No pedía escoger entre sus preferencias y su deber. Debía supeditarlo todo al buen éxito de su misión.

Regresando a su camarote, Eugene cerró la puerta por dentro y se dirigió a su litera. Ésta era del tipo de cajón; es decir, levantando

el colchón quedaba debajo un hueco espacioso donde guardar ropa, zapatos, libros y demás impedimenta que de otra forma iría estorbando por la cabina.

En el fondo de la caja, el cortaplumas de Eugene levantó el extremo de una tabla que estaba suelta. Debajo de la tabla, en un pequeño hueco, Eugene encontró su pasaporte francés, un buen fajo de billetes y una automática «Germán Luger» con dos cargadores de repuesto.

El hallazgo del pasaporte tranquilizó a Eugene. Lo sacó, cogió una pequeña hoja de papel suelto que estaba entre las páginas y volvió, a depositar el documento en su escondrijo. Tomó después la pistola y los cargadores y puso el colchón en su sitio cubriendo la caja.

Durante el resto del día, el «Pompei» navegó a lo largo de la costa oriental de Cerdeña. Al distribuir las guardias, Eugene se reservó la que comprendía desde medianoche a las seis de la mañana, y se las compuso para que Berutti estuviera a esa misma hora de guardia en la sala de máquinas.

Al tornar Eugene su guardia el barco se encontraba a la vista del cabo Spartivento, cuyo faro barría el horizonte lanzando intermitentes destellos de luz.

A las dos se había acallado el último ruido, permaneciendo a bordo todo tranquilo.

Eugene aseguró la rueda del timón, abandonó la cabina y se asomó a la sala de máquinas. Berutti fumaba un cigarrillo y pegó un respingo de sobresalto.

—Berutti, venga a la cámara de derrota —dijo Eugene secamente.

Un minuto después, Berutti se reunía con Eugene en la cabina.

—Cierre esa puerta. Y venga aquí —le ordenó Eugene.

Berutti así lo hizo. Al acercarse al timón parecía Intranquilo y como asustado.

—¿Sabes por qué estás aquí, Berutti?

—¿Quiere que le releve al timón, señor?

—No seas idiota, no me refiero a eso. Te haré la pregunta de otra forma. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Berutti dio ostensibles muestras de confusión. Parpadeó, se pasó el extremo de la lengua por los labios y tragó saliva.

—No le comprendo, señor Match.

—Seré claro contigo, Berutti. Me han ordenado matarte. No debes llegar a África ni regresar vivo a Italia. ¿Sabes por qué?

Berutti pegó un brinco, su mano buscó la pistola que asomaba la nacarada culata por el bolsillo trasero del pantalón. Eugene le pegó en el cuello con el canto de la mano abierta. Berutti fue arrojado contra la mesa del aparato de telefonía sin hilos. La pistola de Eugene le apuntó entre los ojos.

Berutti palideció. De pronto se dejó caer de rodillas y juntó sus manos implorando:

—¡Por piedad, señor, no me mate! ¡No he hecho nada malo! Tengo mujer e hijos… ¡No me mate!

—Sabes que no puedo eludir la obligación de hacerlo, Berutti. El propio señor Kretzer me dio la orden de matarte. Si no lo hago, Umeco y los demás lo harán por mí. Y no sólo harán eso contigo, sino que me matarán a mí también.

Berutti lanzó entre dientes una maldición contra toda la ascendencia de Kretzer. Luego se echó a llorar.

—¿Por qué quieren hacer eso conmigo? Le hice un favor al señor Kretzer delatando a Masters y Kingman.

—Precisamente; Berutti. Kretzer es de la opinión de que quien delata una vez a un amigo, puede repetir la traición con sus nuevos amigos.

—¡Mentira, no es por eso que quiere librarse de mí! —chilló el desdichado. Bajó la voz a una seña de Eugene y prosiguió—. No le crea esa mentira. Lo que teme es que pueda delatarle a la policía. Yo estaba presente aquella noche cuando Kretzer mató al señor Masters. Eso es lo que le preocupa, que quede un testigo de su crimen.

—¿Es eso cierto, Berutti? —preguntó Eugene sintiendo que el corazón le latía más aprisa—. ¿Tú estabas delante cuando Kretzer mató a John Masters? ¿Cómo ocurrió?

—Kretzer llamó a Masters a su villa. Yo quería marcharme, pero Kretzer me ordenó que permaneciese allí. Cuando llegó Masters le condujeron a la biblioteca. Kretzer y yo entramos poco después. Masters receló en seguida lo que iba a ocurrir. Se puso pálido al verme. Luego empezaron a discutir. Kretzer acusó a Masters por todo lo que había hecho, lo cual Masters no pudo negar delante de

mí. Masters finalmente gritó furioso: «Está bien, cerdo teutón. Yo lo hice». Kretzer dijo que nadie se burlaba de él. Sacó una pistola del cajón de su mesa. Masters saltó hacia Kretzer, pero éste disparó alcanzándole en el vientre. Masters cayó sobre la alfombra. Me ordenó que le quitara la pistola. Se la quité. Kretzer me ordenó que le rematara, pero yo estaba muy asustado, sentía que iba a vomitar y me eché atrás. Masters, herido de muerte, bramaba insultos en inglés que no entendí. Entonces Kretzer se acercó a él, le aplicó la pistola detrás de la oreja y disparó… ¡Virgen, fue una cosa espantosa! Nunca olvidaré la mirada del pobre señor Masters cuando Kretzer se inclinaba apuntándole con la pistola.

—Tú también sentirás miedo en los ojos cuando yo tenga que darte el tiro de gracia, Berutti.

—¡Dios mío, no! —sollozó el infeliz temblando de pies a cabeza.

—Sólo una cosa, podría salvarte, Berutti.

—¡Virgen! Diga lo que es y lo haré… Sí, lo haré.

—La pobre señorita Masters se ha quedado con Kretzer en la villa. Yo quiero a la chica tanto como detesto a Kretzer. Te perdonaría la vida, pero si lo hago perderé el favor de Kretzer. El es implacable y no cejaría hasta acabar conmigo. Por tanto, si deseo salvar a la chica y verme libre de Kretzer, debo de destruirle antes que él pueda destruirme a mí. Berutti, ¿estarías dispuesto a declarar como testigo en contra de Kretzer?

—¡Sí, lo haré!

—También tendremos que luchar contra Umeco, Fado, Capoli y Prieto. Apuesto a que Gaspieri los escogió uno por uno, previniéndoles contra mí en el caso que diese muestras de debilidad. Nosotros somos dos. Ellos serán cuatro.

—Si escogemos el momento adecuado…

—Berutti, vuestros sistemas no son los míos. Sé lo que estás pensando. Así como no sería capaz de pegarte un tiro en la sien a sangre fría, nunca seré capaz de sorprender a esos desdichados mientras están durmiendo para asesinarles. Esperaremos a que sean ellos quienes primero den muestras de impaciencia. Ahora sal afuera y vigila mientras utilizo la radio.

—¿Qué es lo que se propone hacer?

—Algo parecido a lo que hizo Masters…, sólo que esta vez los franceses nos cogerán.

—¡Pero si nos cogen los franceses nos encarcelarán!

—¿Por qué habían de hacerlo, si por nuestra propia voluntad nos entregamos en sus manos? Además, en todo caso, eso no debería preocupar excepto a mí. Tú estarás más seguro en una cárcel francesa que escondiéndote por las callejuelas de Nápoles, huyendo de los asesinos de Kretzer. ¿No es así?

Un minuto después, con la clave secreta que había sacado de su pasaporte a la vista sobre el tablero, Eugene manejaba el manipulador llamando a la Base Naval de Bizerta.

CAPÍTULO VII

Debido a la anticipación en que iban a llegar al lugar de cita, Eugene dispuso reducir la velocidad del barco a fin de encontrarse con los buques argelinos en la posición señalada a la hora convenida. El servicio meteorológico había previsto buen tiempo para la zona. El encuentro tendría lugar a las 11’30, poco después del orto de la luna.

El sol se puso sobre una mar llana teñida de púrpura y la tripulación comió sobre cubierta disfrutando de los primeros soplos de la brisa nocturna. Apenas anocheció, Eugene ordenó poner las máquinas al régimen normal de crucero y enderezó el rumbo en dirección a la costa.

Umeco, quien a su brillante carrera como piloto náutico unía antecedentes penales, que le impedían desempeñar libremente su profesión, estableció la posición a las once. Ésta era correcta.

A las once y quince minutos, una lámpara de señales «Aldis» parpadeó a lo lejos a ras de la línea del horizonte.

—La señal —dijo Umeco después de descifrar el mensaje en morse.

—Conteste según lo convenido —dijo Eugene.

La luna asomaba por el horizonte.

Cambiadas a satisfacción las señales de identificación, el barco italiano y las embarcaciones argelinas se encontraron en la desierta inmensidad del mar. Eugene consultó su reloj. Eran las once y treinta y cinco minutos.

Las embarcaciones argelinas, cuatro pesqueros impulsados por motores «Diesel», con sus redes armadas como simulando estar dedicadas a la labor que les era común, arrimaron a los costados de la antigua lancha torpedera, dos a babor, y los otros dos a estribor. Uno de los patrones argelinos saltó a bordo del «Pompei».

La entrevista se realizó bajo la luz de la luna, con el auxilio

momentáneo de una linterna eléctrica que sólo brilló los segundos indispensables para que Eugene comprobara los dos documentos de identificación.

La costumbre era que el comprador, en este caso los argelinos del PLN, adquiriese una letra por un valor Equivalente al del cargamento que en su día y hora debería recibir en un lugar determinado fuera de las aguas jurisdiccionales argelinas. La letra se cortaba con unas tijeras por la mitad, quedando vendedor y comprador respectivamente en poder de una de las mitades.

Embarcadas las armas y llegado el momento, el capitán que representaba al vendedor y el delegado argelino que iba a hacerse cargo del alijo, comprobaban si sus dos mitades coincidían. El capitán italiano entregaba la carga, recibía la mitad de la letra, se despedían y cada cual marchaba por su propio rumbo.

En el sobre, junto con las instrucciones que Eugene recibió, encontró la mitad de una de estas letras girada contra un Banco suizo. Las dos partes, la presentada por Eugene y la traída por el patrón argelino, casaban perfectamente, por la parte cortada.

—Empiecen el trasbordo —ordenó Eugene a sus hombres.

Media docena de argelinos subieron a bordo del «Pompei» para apresurar la operación. Las pesadas cajas empezaron a salir de las entrañas del «Pompei».

—La costumbre es que comprobemos el contenido de las cajas —observó el enviado argelino.

—¿Quiere abrirlas todas?

—No es necesario. Sólo una al azar de vez en cuando.

—Muy bien —aprobó Eugene distraídamente.

El argelino detuvo a uno de sus hombres, ordenándole depositar la caja que transportaba sobre cubierta. Con escoplo y martillo se levantó la tapa. La caja, efectivamente, contenía pistolas ametralladoras de un modelo alemán muy apreciado entre los pistoleros del FLN.

Todavía estaba el argelino comprobando el contenido de la caja, cuando ocurrió lo que Eugene estaba esperando desde unos minutos antes. La voz llegó desde uno de los pesqueros:

—¡Submarino!

Esta palabra tuvo un efecto paralizante a bordo de los barcos contrabandistas. Todos miraron al mar.

En efecto, las aguas plateadas por la luna se abrían a corta distancia de los barcos y una silueta que debió parecerías monstruosa emergió bruscamente de las profundidades marinas. Era un sumergible de la Marina de Guerra francesa.

El agua todavía estaba corriendo por los imbornales del sumergible cuando se vio a los marinos franceses correr sobre cubierta hacia el cañón y las ametralladoras antiaéreas. Una lámpara «Aldis» parpadeó desde la torreta del submarino.

«Al-to. De-tén-gan-se», deletreó Eugene.

El patrón argelino lanzó un grito y salto hacia la borda. Eugene le puso la zancadilla haciéndole caer de bruces sobre cubierta. Los pescadores argelinos ya estaban brincando por encima de la borda a sus barcos.

La ráfaga de proyectiles antiaéreos pasó sobre los barcos llenando el aire de silbidos y trazos de fuego. Los franceses tiraban con rastreadoras. Luego se escuchó algo como un trueno que se acercaba rápidamente, el conocido ronquido de los motores de una flotilla de lanchas rápidas lanzadas a toda máquina sobre la superficie del mar.

—¡Lanchas torpederas! —gritó Umeco. Y añadió con acentos de la más encendida rabia—: ¡Traición!

Se volvió empuñando el revólver que llevaba metido en el cinturón.

Eugene tenía su «Luger» en la mano y disparó. Umeco, alcanzado en el hombro, soltó el arma y cayó de espaldas a los pies del patrón argelino, el cual se incorporaba a su vez buscando su pistola.

—¡Quieto! —gritó Eugene al argelino.

Los pesqueros estaban separándose del costado del «Pompei».

La inesperada aparición del sumergible había sorprendido a Capoli y Berutti junto a la escotilla de carga. Fado estaba en la bodega levantando a pulso las cajas que luego tomaban sus dos compañeros. Prieto se encontraba en popa, detrás de Eugene.

Apenas Umeco había tocado las planchas de cubierta, cuando Prieto reaccionó saltando por detrás sobre la espalda de Eugene.

—¡Cuidado, detrás! —gritó Berutti.

Eugene se volvió para rechazar la agresión de Prieto. Los dos chocaron y cayeron al piso. El argelino empuñó su pistola y corrió

en ayuda de Prieto.

Berutti y Capoli quedaron frente a frente. Berutti quiso sacar la pequeña automática que siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Capoli le adivinó la intención y saltó sobre él gritando furioso:

—¡Estás con él, perro traidor!

Capoli echó sus zarpas a la garganta de Berutti y los dos rodaron por la cubierta.

Fado, momentáneamente fuera de acción, estaba encaramándose penosamente para salir a cubierta. La pistola del argelino golpeó a Eugene de refilón detrás de la oreja. El dolor redobló el coraje del agente secreto. Se desembarazó de Prieto de un puñetazo para hacer frente al argelino.

El argelino retrocedió bajando el cañón de su pistola. Eugene se echó rodando por la cubierta, el balazo pasó por encima de su cabeza. Un golpe a las piernas del argelino derribó a éste de espaldas.

Berutti conseguía alejar a Capoli en este momento de un puñetazo. Pero en este momento también el gigantesco Fado entraba en acción. Cogió a Berutti por el cuello y los fondillos, lo levantó como un fardo y lo arrojó lejos por el aire.

—¿Quién es este hombre? —Preguntó Morisse—. ¿Es amigo suyo?

—Es algo más que un amigo. Es el arma mediante la cual destruiremos a Hans Kretzer. Se llama Berutti. Berutti cedió a la tentación de sacar algún dinero traicionando a Masters y fue a Kretzer con la historia de la traición de Masters. Más tarde Kretzer sometió a Masters a un careo con Berutti. Masters no pudo negar su delito y Kretzer lo mató… Lo mató en presencia de Berutti, esto es lo más importante. Por tanto, aquí tenemos un testigo de cargo que Kretzer no podrá refutar.

—¡Eso es magnífico, Founger! Realmente, desesperaba de que pudiéramos condenar a Kretzer. En el curso de mis investigaciones, durante todos estos días, he llegado al convencimiento de que Kretzer, por su mano o la de sus pistoleros, ejecutó a Masters. Probarlo era lo más difícil…, ¡y ahora lo vamos a demostrar!

El hidroavión de la Marina francesa, que zarpó de Philippeville al amanecer, amerizó en el golfo de Nápoles alrededor de las ocho.

En aquel momento, «*herr*» Hans Kretzer desayunaba en la terraza de su hermosa villa bajo un toldo listado frente al mar. Kretzer vio el hidroavión de lejos, pero no llegó a interesarse por él. Al levantarse aquella mañana, temprano como de costumbre, encontró un telegrama de Heywood Match, recogido y transmitido por la emisora costera, en el que le anunciaba que todo marchaba bien.

Para Kretzer, esto significaba que la entrega del alijo se había realizado sin novedad, que Berutti yacía en el fondo del mar en un saco de lona con un buen peso en los tobillos, y que por tanto quedaba eliminada la única prueba de su culpabilidad en la muerte de Masters.

Kretzer se sentía contento. La mañana era hermosa, la vida le sonreía. Kretzer, sin embargo, era un hombre de acción. No se habría sentido completamente feliz a no tener una pequeña preocupación, y su mayor preocupación por el momento consistía en idear una forma de conquistar el corazón de su joven y hermosa huésped. Hasta el momento no había tenido éxito, la muchacha le observaba con prevención y hasta había dejado insinuar su deseo de marcharse.

Pero Kretzer sabía esperar.

Todo lo contrario le ocurría a Eugene Founger, quien en el antedespacho del jefe-superior de policía paseaba nerviosamente ante Morisse y Berutti.

Un oficial de policía asomó el antedespacho y anunció:

—Hemos telefoneado al prefecto a su casa rogándole que acuda en seguida. Está desayunando ahora, ya no puede tardar.

—¡Vaya, desayunando! —exclamó Eugene—. Un hombre tranquilo desayuna en su casa, mientras un criminal anda suelto y amenaza tal vez a una pobre e indefensa muchacha. Morisse, vamos a buscar al prefecto a su casa.

—No sea impaciente, Founger. En sólo diez minutos más, ese terrible criminal no logrará seducir a su adorada *miss* Masters.

—¿Qué tonterías está diciendo? —rugió Eugene—. ¿Pretende burlarse de mí?

—Expreso en voz alta su pensamiento, Founger, nada más que eso. Está enamorado de la muchacha, lo cual no le recrimino. Yves Masters es una chica muy guapa.

Eugene sintió que se sonrojaba. ¿Era cierto pues? ¿Amaba a Yves

Masters?

Su ansiedad por llegar con la policía a la villa de Kretzer no podía explicarse de otro modo. Repentinamente, el hecho se le apareció como la consecuencia más natural y feliz de aquellos días que había vivido junto a Yves.

Los minutos que todavía tardó en llegar el prefecto se le aparecieron largos como siglos. Luego todo empezó a marchar con rapidez.

El prefecto escuchó atentamente la versión de los hechos presentada por Berutti.

—En efecto, Masters murió a consecuencia de dos disparos, cualquiera de los dos era mortal por necesidad. La autopsia reveló la existencia de un proyectil calibre treinta y seis en el abdomen de Masters. La segunda bala debió atravesarle la cabeza para, incrustarse en el suelo. Si pudiéramos encontrar la pistola que disparó esa bala, o simplemente una bala igual en el lugar donde Masters fue muerto, eso constituiría una prueba de peso en apoyo de la declaración del testigo. Iremos ahora mismo a la quinta de Kretzer.

La maquinaria policial funcionó con rapidez y diez minutos más tarde Eugene Founger se encontraba con el prefecto y Fernand Morisse sobre un automóvil, que corría a toda velocidad haciendo sonar su sirena.

Después de Porto Sannazaro enmudecieron las sirenas y la caravana policial continuó rodando en silencio por la Via Posillipo sobre la espléndida perspectiva del golfo de Nápoles.

Arrancando de la carretera, a la izquierda, un camino particular conducía a través de un bosque de pinos hasta la villa de Kretzer. La caravana se detuvo, varios detectives armados de metralletas saltaron a tierra y se internaron en la pineda.

—¿Qué esperamos ahora? —preguntó Eugene.

—Nuestros agentes van a rodear la casa —dijo el prefecto—. Es solamente una medida de precaución para que nadie escape.

Pasados unos minutos el coche del prefecto reanudó la marcha y se adentró por el camino seguido de otros tres autos llenos de detectives. La caravana avanzó hasta que una alta verja de hierro les cerró el paso.

Un teniente uniformado de la policía saltó del coche y fue a

llamar al timbre. Transcurrieron unos minutos hasta que un hombre, que llevaba delantal de jardinero, se acercó cojeando a la verja.

—Abra a la policía —dijo el oficial autoritariamente.

El jardinero miró sorprendido a los autos.

—Esperen un momento. Avisaré al señor Kretzer.

—Nada de eso. Abra ahora, nosotros nos anunciaremos después.

El hombre vaciló unos segundos. Finalmente abrió la verja y se echó a un lado.

Los autos bajaron por una pronunciada rampa hasta la casa. Un hombre, que llevaba un rifle colgando del hombro, se presentó de improviso doblando una esquina. Vio a los policías, pegó un brinco y echó a correr.

—Síganle —ordenó el prefecto.

Los detectives echaron detrás del vigilante de Kretzer, siguiendo un poco rezagados el prefecto con Eugene, Morisse y Berutti. Al doblar el ángulo del edificio vieron a Kretzer en su galería cubierta llena de pájaros y flores.

Yves Masters estaba allí sentada en una silla de jardín.

Kretzer estaba aconsejando calma a su guardaespaldas cuando vio al prefecto y reconoció a dos de los hombres que le seguían. El sobresalto que experimentó le arrebató el color de la cara.

Antes que pudiera reponerse de su sorpresa estaba rodeado por los detectives. Un teniente uniformado sacó unas tintineantes esposas del bolsillo. Las palabras que pronunció no creyó Kretzer que llegara a oírlas jamás en aquel santuario dedicado a la belleza de las flores y los pájaros exóticos:

—Hans Kretzer, queda usted detenido en nombre de la Ley.

Kretzer saltó hacia atrás como picado por una víbora. Su rostro estaba blanco como el papel, las bolsas bajo sus ojos parecían de pronto amoratadas. Temblaba de rabia y de miedo.

—¿Por qué me detienen? Aquí debe haber alguna confusión.

Kretzer sabía muy bien que no había apenas una probabilidad entre mil de que aquellos hombres estuviesen equivocados. Sin embargo, tuvo que oírlo de propia boca de Match, del hombre a quien él conocía por Match, para convencerse de que el único confundido era él mismo.

—¿Sabe usted quién soy, Kretzer?

—¡Claro que sí! Usted es Heywood Match.

—Se equivoca. Mi nombre es Eugene Founger, agente secreto del Servicio de Información Central de Francia. Esto quizá le baste para hacerle comprender que no hay error posible. Kretzer, la policía italiana le detiene por la muerte de John Masters, al que usted asesinó en esta misma casa, en marzo de este año.

Eugene volvió sus ojos a Yves Masters, la cual se había puesto en pie y le miraba pálida y quieta.

—Éste es el hombre que mató a su hermano, señorita Masters. La historia que hace dos días nos contó era cierta en todos sus detalles, menos en uno. No fueron los argelinos quienes perdieron aquel alijo que Masters escamoteó, sino Kretzer. No habiéndose realizado la entrega, Kretzer no pudo cobrar el valor de las armas vendidas. De ahí el ahínco que puso en el rescate del cargamento y su cólera al saberse traicionado por uno de sus capitanes. Kretzer llamó a Masters a esta casa, le puso delante de Berutti y le invitó a refutar el testimonio de éste. Naturalmente, Masters no pudo negar. Entonces Kretzer le disparó un tiro al estómago. Y le remató pegándole el segundo tiro en la cabeza.

Yves. Masters dejó escapar un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

—A propósito de esos disparos, vamos a registrar la casa en busca del arma homicida. También es posible que la segunda bala esté incrustada en el piso bajo la alfombra de la biblioteca. ¿Nos acompaña usted, señor Kretzer? —dijo el prefecto.

Kretzer dejó caer una mirada de odio sobre Eugene. Las esposas se cerraron con un «clic» metálico alrededor de sus muñecas. El alemán entonces reaccionó pegando un respingo. Miró a Berutti.

—¡Miserable! ¡Traidor! ¡Bien me decía el corazón que en un momento determinado no vacilarías en venderme! ¡Venderías también a tu propia madre, perro, gusano…!

Un tirón del teniente a las esposas hizo enmudecer a Kretzer. La mirada de Yves Masters estaba fija en él. Kretzer recobró su compostura:

—Vamos —dijo dignamente.

Todo el grupo entró en la casa, quedando solos Yves y Eugene en la terraza.

—Agente secreto —murmuró la muchacha—. Nunca lo hubiera

sospechado.

Si la hubiera dejado sospecharlo, entonces no habría sido un buen agente.

—Tal vez no sea tan buen agente como se figura, ni yo tan lista como me creía. Se burló de mí. Me escogió como trampolín para introducirse en la organización contrabandista aprovechándose de un momento en que me encontraba desesperada, sin amigos y sin dinero; Yo creo que si pudo representar tan bien su papel se debió en buena parte a la suerte.

—Sin duda fue una suerte encontrarla a usted.

—¿Y respecto a mí, señor Founger? ¿Fue también una suerte para mí encontrarle en aquel momento?

—Usted no ha perdido nada. Salvó el dinero que su hermano había invertido en la compra del barco, y lo que debe ser más importante para usted, colaboró sin saberlo, para que al fin fuera desenmascarado y castigado el hombre que asesinó a su hermano. Por nuestra parte, conseguimos llevar a la horca a uno de los «intocables» Caballeros de Milán, demostrando a esos «caballeros» que no están tan seguros como creen cuando se sientan en sus butacones de los cafés elegantes de Milán para hablar fríamente de encender rebeliones y guerras en todos los rincones del mundo. Eso era lo que nos proponíamos al comenzar este caso, y lo hemos conseguido.

—De lo que resulta que la muerte de mi hermano, en sí, nunca les importó excepto como un camino por donde llegar hasta el corazón de esa organización clandestina de contrabando de armas —dijo Yves con resentimiento.

—La tarea de encontrar al asesino de John Masters era labor que correspondía a la policía italiana. Sin embargo, como temíamos que la policía jamás llegara a aclarar ese crimen, decidimos ayudarle presentándole al criminal. ¿Es que acaso le disgusta eso?

Yves Masters negó lentamente moviendo la cabeza.

—No. ¿Cómo podría disgustarme? Acaso no logre hacerme entender. Pero, en fin, no tiene importancia. El caso es Que se haya descubierto al asesino de mi hermano. ¿Y ahora, señor Founger? Supongo que renunciará a seguir practicando el contrabando de armas, ni siquiera el de cigarrillos. Eso quiere decir que tendremos que romper nuestra asociación.

—No.

—¿Cómo?

—Bueno, quiero decir…, que acaso exista un medio de que nuestra sociedad continúe. Por ejemplo…, ¡ejem! —Eugene se interrumpió lleno de embarazo. La miró a los ojos, y de pronto exclamó—. ¡Diablo! ¿Por qué no me facilita las cosas?

—¿Qué cosa?

—La cosa de pedirle que se case conmigo.

—¡Match!

—No. Match no, Founger. O Eugene si prefiere llamarme así, Yves, usted acaso no quiera creerme, pero he sufrido mucho por usted este par de días…, sabiéndola aquí, en poder de ese viejo que la codiciaba aspiraba a conseguirla…

Su agitación al hablar era más elocuente que sus propias palabras. Él lo ignoraba, pero Yves lo vio y se sintió emocionada. Impulsivamente se arrojó en los brazos de él.

Eugene la estrechó entusiasmado en sus brazos, la besó, y en esta actitud fueron sorprendidos por Fernand Morisse que en aquel momento salía por la puerta diciendo:

—¡Estupendo, Founger! Hemos encontrado la bala…

Morisse se interrumpió viendo a la pareja estrechamente unida, dio media vuelta brusca y volvió a entrar en la casa lanzando un suave y melodioso silbido de asombro.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Clark Carrados

La espada y la balanza



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.


MINI
libros
Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato
MINILIBROS
serie Oeste
4
ptas.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Maurice Chevalier

N.° 1487

Es uno de los más populares actores mundiales. "El desfile del amor" y "El teniente seductor", fueron sus grandes éxitos de antaño. Sus últimas películas son "Pepe", "Can-Can" y "Fanny".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain